Carlos Arniches y Emilio Sáez

¡Adiós, Benítez!

Farsa cómica en tres actos, original y en prosa



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24

—

1925

¡Adiós, Benitez!

¡Adiós, Benítez!

FARSA CÓMICA EN TRES ACTOS
ORIGINAL Y EN PROSA

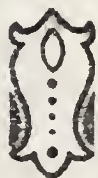
DE

Carlos Arniches

Y

Emilio Sáez

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA, de Madrid, el día 6 de noviembre de 1925.



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE PUBLICACIONES ESPAÑOLAS, S. A.
Pasaje de la Alhambra, 1.
1925

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARI SOL.	Isabel Faure.
DOÑA CENOBIA. . .	María Mayor.
JOVITA	Mercedes M. Sampedro.
DOÑA DARIA. . . .	Elisa Moreu.
TOTO	Rosario S. de Miera.
MIMI	Ofelia Zapico.
CRISPULA.	Ramona Alvarez.
REGULA	Catalina Cerviño.
CORANDITO . . , .	Niño Parejo.
BENITEZ	Casimiro Ortas.
LUIS	Mariano Asquerino.
MEDARDO.	Mariano Azaña.
DON SISINIO. . . .	Federico Górriz.
DON ARGIMIRO. . .	Eduardo Pedrote.
DON TACIANO . . .	Luis Manzano.
SUAREZ.	Antonio Gimbernat.
ROBUSTIANO. . . .	Andrés Tobías.
DON PUBLIO. . . .	Manuel Lozano.
SERAPIO	Ramón Tena.
PANTALEONCIN. . .	Niño Granados.

La acción, actualmente, en una capital de provincia de último orden. Derecha e izquierda del actor.

ACTO PRIMERO

Despacho en casa de Benítez, notario rico de la ciudad. Está puesto con cierta elegancia recargada, como provinciana, a base de damascos y muebles grandes, antiguos.—Gran mesa de despacho, sillería pesada, con sofá y sillones; librería, estantes con legajos, bustos de legisladores, el retrato de Benítez, con toga; el retrato, en fotografía, de su mujer, doña Cenobia.—Techo artesonado. Hay un reloj en sitio conveniente, con campana solemne, etc.

La habitación está en piso bajo. Tiene al foro un gran ventanal, con barandilla cortita, que da a la calle. Una puerta con mampara, a la derecha, y dos puertas pequeñas a la izquierda. Ante el ventanal una cortina de crudillo, sobre la que da el sol, por cuyo motivo se proyecta en ella las sombras de la tarde.

ESCENA PRIMERA

DOÑA CENOBIA, JOVITA, TOTO y MIMI.

(Han hecho cuarto de costura del despacho. Cosen en silencio. Un reloj dá las cinco en combinación de campanas agudas y graves, de modo que por cada campanada suenan tres o cuatro. Al fin, acaba de señalar el reloj.)

Doña Cenobia Las cinco.

Totó Pues yo he contado lo menos veintitrés.

Doña Cenobia *(En tono ampuloso.)* ¡Jesús, hijas; que de todo habéis de burlaros!..., ¡hasta del reló, que es lo que nos anuncia el paso de la vida!

Totó No es burla, doña Cenobia; pero, vamos, como es un reló que para dar las doce, da cincuenta y ocho campanadas, es lo que yo digo: o no sabe contar o se desperdicia.

Mimí *(Riendo.)* A mí lo que me choca es que da cada campanada en un tono distinto, y parece que no sabe a qué carta quedarse... *(Lo imita.)*

Doña Cenobia Pues ahí donde lo veis, ese reló ha tocado el Miserere del *Trovador.*

Jovita Lo tocaría de oído, porque se le ha olvidado.

Doña Cenobia *(Reconviniéndola.)* ¿Tú también?...

Jovita No te enfades, mamá; si es que bromeamos. Esos relojes antiguos, es como todo; no sirven ya para ahora que la gente tiene menos paciencia. Ahora, a las cinco, hay que dar las cinco..., ¡y en dos campanadas, si es posible!

Doña Cenobia ¡Jesús, qué juventud más *vertiginosa!*... ¡¡Oh!!

Jovita Y si te parece, mamita, podíamos dejar ya la tarea.

Doña Cenobia De ninguna manera, hija. ¿Nos hemos venido a coser al despacho, donde hay más luz, para dejarlo a media tarde?

Jovita Es que llevamos ya dos horas de trabajo.

Mimí Y dos horas de este reló.

Totó ¡Que son larguísimas!

Doña Cenobia Nada, hija; no molestaros; hasta las seis no damos de mano a la tarea. Hay que tener perseverancia en la labor Sobre todo cuando la labor se hace por obra de misericordia. ¡Vestir al desnudo, y lo nuestro es doblemente laudable por lo original, porque yo he fundado un ropero para vestir al desnudo desconocido!

Totó ¡Es originalísimo, verdaderamente!

Doña Cenobia Además, he dado palabra al señor obispo, de que este ropero, fundado con mi patronato y bajo la advocación de Santa Medarda, no sería como esos otros roperos de tres al cuar-

to... Santa Rita, Santa Isabel..., donde todo se hace menos lo debido.

Mimí Pues, sin embargo, ya ve usté; para el Ropero de las de Enjuto, la semana pasada, los chicos del Casino han regalado un dedal de honor.

Doña Cenobia Ya, ya he visto en el último número de *La Sacristía gráfica* el retrato de Paulita, con la mano en alto, luciendo el dedal. ¡Oh, que gentes!... Ya lo dijo el Apóstol, *Vanitas, vanitatis*, y *todo vanitas*... Dame las tijeritas... *(Se las dan. Sigue trabajando.)*

Jovita Oye, mamá. ¿Y si interrumpiéramos un momento, sólo para merendar, y luego?...

Doña Cenobia *(Inflexible.)* Nada de merendar hasta que terminemos esas camisitas para la sección de huérfanos de padre, madre y demás familia, instalada en el Asilo, también de mi patronato, bajo la advocación de San Quintín. Y, a propósito de San Quintín... *(Toca el timbre.)*

ESCENA II

Dichas, REGULA, doncella. Luego CORANDITO, un niño como de siete años, vestido de asilado, con blusita.

Régula *(Que acude al timbre, aparece puerta primera izquierda, con los ojos bajos.)* Señora...

Doña Cenobia Régula; dígale a Corandito, el hijo de la Críspula, que pase. *(Se retira la doncella.)*

Totó ¿Quién es ese Córdulo?

Doña Cenobia Un huerfanito frustrado.

Mimí ¿Cómo frustrado?...

Doña Cenobia Sí, que se le estaban muriendo sus papás, le

admitimos, y luego se le pusieron buenos... ¡Una precipitación!

Jovita — No deben ustedes fiarse.

Doña Cenobia — Qué quieres, hija; esta gente del pueblo no tiene formalidad ni para morirse. Les mandas decir las misas gregorianas, y a lo mejor les pilla en la taberna.

Corandito — *(Aparece primera izquierda, con la gorrita en la mano.)* ¿Se puede?

Doña Cenobia — Pasa, hijo, pasa, y quítate la gorrita.

Corandito — Muchas gracias, es comodidaz. *(Se la quita.)*

Doña Cenobia — Ya me lo figuro; pero quítatela: ¿Veis qué mono?

Jovita — ¿Cómo te llamas, niño?

Corandito — Córdulo Tabanque y López, pa servir a Dios y a ustedes.

Totó — ¡Qué pestañas tiene tan preciosas!

Corandito — Pa servir a Dios y a ustedes.

Doña Cenobia — Bueno; oye, niño.

Corandito — Mande la señora.

Doña Cenobia — ¿Qué llevas debajo de la blusita?

Corandito — Todo.

Doña Cenobia — Digo de ropa.

Corandito — Pos la camisa.

Doña Cenobia — ¿Y debajo de la camisita?

Corandito — Pos debajo de la camisita, la camiseta.

Doña Cenobia — A estos niños hay que desnudarlos con interrogatorio, porque si no, de pronto te sorprenden con la epidermis.

Corandito — De eso no llevo.

Mimí — *(Ríe.)* ¡Ja, ja!... ¡qué inocente!

Doña Cenobia — Anda, quítatela. *(Le ayuda a quitarse la blusa.)* Totó, trae la camisita que has rematado tú, que se la pruebe. Este es el niño de tipo medio. Le tenemos de maniquí.

Corandito — ¿Qué?

Doña Cenobia — Qui. Anda, y póntela. *(Le da la camisa.)*

Mimí — ¿A éste le sienta todo bien?

Corandito — *(El niño trata de ponérsela.)* Tóo, menos las

patatas guisás que hace sor Juana de la Encarnación, Teresa de Jesús, María y José.

Doña Cenobia Bueno; anda, acaba.

Corandito *(Asomándose a la pechera.)* ¿Y por dónde saco la cabeza?

Doña Cenobia ¡Jesús!; pero niña. ¿Pero por dónde le has pegado la manga a esta camisa? *(Le ha pegado la manga en el cuello y no puede sacar la cabeza.)*

Totó ¡Ay, calle usté, que creo que le he pegado la manga en el cuello!

Doña Cenobia ¡Dios santo!... ¡Pues, es verdad!... ¿Pero qué has hecho?

Jovita *(Riendo.)* ¡Qué gracioso!

Mimí ¡Jesús, qué chica!

Doña Cenobia ¿Pero, cómo no te has fijado en el canesú, ni en la abertura de la pechera?

Totó Se conoce que distraída...

Doña Cenobia ¡Por Dios, hija!... Yo no sé dónde tienes la cabeza..., ni el niño tampoco. ¿Dónde tienes la cabeza, niño?

Corandito Dentro la manga. ¡Y que me desabrochen, que no puedo respirar!

Doña Cenobia ¡No te impacientes, hijito!..., ya respirarás.

Corandito Es que me corre mucha prisa.

Doña Cenobia ¡Anda, respira, hijo, respira! *(Se la quita.)*

Corandito ¡De poco m'ahogo!... *(Asustado, buscando la puerta.)* ¿Por dónde me voy?

Doña Cenobia ¡No te asustes, que ya no te probamos nada más! ¡Y toma, toma, ponte tu ropita ahí dentro! *(Se la da en un lío.)* Y cuando vuelvas al Asilo, dile a sor María Egipciaca de la Santísima Trinidad, que le diga a sor Mariana de Jesús del Espíritu Santo, que si ve a la madre Jesusa Adoración de la Santa Cruz, que la diga que no puedo ir esta tarde. ¿Te acordarás?

Corandito Yo digo que no pué usté ir esta tarde y que corran la voz.

Doña Cenobia Muy bien. ¿Veis qué listito?

Corandito ¡Ah, señora! M'a dicho la doncella que le dijese a usté, que qué me da de merendar, si pan y salchichón u pan y queso, u pan y ambas cosas.

Doña Cenobia ¿A tí qué te gusta más?

Corandito Pan y ambas. *(Vase primera izquierda.)*

Mimí ¡Oy, qué inocente!

Doña Cenobia ¿Ves qué inocente? ¡Pues se te come un queso si te distraes!

ESCENA III

DOÑA CENOBIA, JOVITA, TOTO, MIMÍ, luego REGULA. Después DOÑA DARIA. Puerta primera izquierda.

Jovita *(Riendo ante la camisa del niño.)* ¡Qué Totó!... ¡Pero mira que pegar una manga en el cuello!... ¡Yo no sé cómo eres!...

Doña Cenobia Esta niña, desde que ha estado en Madrid de temporada, no da pie con bola en esto de la costura.

Totó ¡Ay, doña Cenobia; es que ese Madrid es tan encantador, que su recuerdo me tiene!...

Doña Cenobia ¿Y qué es lo que te gustó más de Madrid? Cuenta, cuenta... ¿La Castellana, el Retiro?...

Totó Pues lo que me gustó más de Madrid... fué un teniente de Ingenieros, con unas pestañas, que le llegaban al castillo de la gorra...

Jovita ¡Jesús, hija!... ¡Exagera algo!

Totó Ya me lo iban a presentar; pero como tuve que volverme...

Mimí ¡Qué lástima!

Doña Cenobia ¡Oh, callad, hijas, callad! Las grandes poblaciones, en su bataola infernal, son antros...

Jovita *(A la doncella que asoma puerta primera izquierda.)* ¿Entras?

Doña Cenobia *(Creyendo que la rectifica.)* Antros.

Jovita No, si le digo a la doncella, mamá.

Doña Cenobia ¡Ah, creí!... Antros de perdición.

Régula ¿Da la señora su permiso?

Doña Cenobia Dóyle.

Régula *(Anunciando.)* La señora marquesa de Chafarinas.

Totó *(A Jovita.)* ¡Tu futura suegra!

Jovita *(Muy contrariada.)* Ya, ya...

Doña Cenobia ¡Por Dios, hija, no le pongas mala cara, como siempre, por lo que más quieras!... Que pase, que pase.

Régula *(Volviéndose hacia dentro.)* Señora marquesa...

Doña Daría *(Entrando.)* ¡Cenobia!

Doña Cenobia ¡Daría, hija! *(Se besan con efusión.)*

Doña Daría *(Que mira con impertinentes.)* Y vosotras.. ¡Oh, hijitas, qué bello espectáculo!..., dedicadas a la manufactura piadosa de prendas interiores para la orfandad desvalida! ¡Oh!

(Mira una prenda.) ¡Qué camisita tan monísima! Y estos calzoncillitos, ¡caramba, estos ya son para niño de catorce años!

Doña Cenobia ¡Qué ojo tienes!

Doña Daría ¡Pero hija, si yo no salgo de los roperos! ¡Soy una virtuosa de la aguja!... Sino que ya la vista no me ayuda, y...

Doña Cenobia ¿Y de dónde vienes ahora?

Doña Daría De casa de las de Mogrovejo, que no sé por qué, me figuré que tenían un disgusto, ¡como tengo esta vista!..., y me he plantado allí, y, en efecto..., chica. Creo que esta mañana han dado un escándalo...

Doña Cenobia ¿Pero, dónde?

Doña Daría En la catedral.

Totó ¡Jesús!

Mimí ¿Y con quién ha sido?

Doña Daría Pues nada, hijitas... ¡Que según he inquirido, esta mañana, Procopia Mogrovejo ha encontrado a Nazaria Castro-Peña, en misa ma-

yor..., se pusieron como chupa de dómine, y luego se dieron una de azotes!...

Jovita ¿De azotes?...

Doña Cenobia ¿Pero dónde?

Doña Daría En la capilla de la Flagelación..., ¡figúrate!

Totó ¡Jesús bendito!

Jovita ¿Y por qué ha sido?

Doña Daría Pues nada; porque Procopia le dió la otra tarde al señor obispo un chocolate con churros, y le pidió a Nazaria que le dejase su cocinera, que es una especialidad haciéndolos; y Nazaria se la dejó; pero como es tan envidiosa, le dió a la cocinera la orden de que les agríase la pasta... ¡Figuráos!

Jovita ¡Qué mala intención!

Doña Cenobia ¡Pero qué Nazaria!

Doña Daría Claro; la pobre Procopia, le mandó hacer a la cocinera un churro episcopal.

Doña Cenobia ¡Cómo un churro episcopal!

Doña Daría Sí, hija; un churro de la forma y del tamaño de un báculo, con un lazo morado. Una idea delicadísima. Y fué el señor obispo, le presentan el churro o báculo, y celebrando la ocurrencia, y empapándolo en chocolate, creo que se comió hasta el regatón; pero como estaba tan ácido, y como el pobre prelado es hiperclorhídrico, le ha quedado una acedía, que no hace más que ver de lejos la casa de Procopia, y los familiares le tienen que dar bicarbonato... No os digo más. Se ha corrido la voz... y, ¡bueno!, las risas y los comentarios..., ¡para qué voy a deciros!

Doña Cenobia ¡Jesús, pero eso es una infamia!

Doña Daría Calla, hija, que yo no sé cómo son algunas de enredadoras y de... charlatanas, y de... ¡Oh, qué asco de gente!... Y, a propósito; oye Mimí. El sombrero que estrenó ayer tu mamá, ¿es un modelo?

Mimí Sí, señora; se lo han enviado de París.

Doña Daría Te lo pregunto, porque la he visto unas plumas color fuego... ¿Vosotras no teníais un gallo así?

Mimí Sí, señora; y lo tenemos. Puede usted ir a contarle las plumas...

Doña Daría No, hija, por Dios, si ya me figuro que... Y, oye Totó, ¿es verdad lo que se corre por el Casino de que la institutriz inglesa que tenéis ahora es de Tenerife?

Totó No señora; es inglesa legítima... ¡De Dublín!

Doña Daría ¡Ah, de Dublín!; pues entonces se conoce que por eso a la gente le sonaba así, a... ¡Claro, Dublín, Dublín!... Bueno, y tú, ¡ay, Cenobia, hija, cómo te envidio! ¡Mira que haber fundado el Ropero de Santa Medarda, para vestir al desnudo desconocido!... ¡Oh, qué idea!... Sí, porque, vamos, si fuera el desnudo conocido, ¡ah!... pero el desnudo desconocido, ¡oh!...

Doña Cenobia No, por Dios, eso no; cualquier desnudo debe merecer nuestra...

Doña Daría ¡Y qué delicadeza, ponerle a una institución tan santa, el nombre de mi hijo, de mi Medardito!

Doña Cenobia Tu hijo, lo va a ser mío muy en breve, y quería yo...

Doña Daría *(Dirigiéndose a Jovita).* Te advierto que en todo el mundo ha caído admirablemente que le hayáis puesto al Ropero el nombre de tu futuro.

Jovita *(Con disgusto).* No he sido yo, ha sido mamá...

Doña Daría ¡Ah, qué joya te llevas, hija! ¡Un muchacho de veintiséis años y no haber tenido novia!... Le da la mano a una mujer y se me pone como una escarlata. ¡Cómo será de bueno, que se me van casi todas las doncellas!...

Doña Cenobia ¡Oh, qué santito!

Doña Daría Tu padre está enamoradísimo de él.

Jovita Papá, sí.

Doña Daría ¡Ay, pero cómo soy de distraída, hija!; media hora charlando y aún no os he dicho el verdadero objeto de mi visita...

Doña Cenobia ¡Ah!; ¿pero tu visita tenía un objeto?...

Jovita ¡Qué raro!

Doña Daría ¡Y un objeto que os va a asombrar!... ¡A estupefactar!

Todas. (*Con gran curiosidad*). ¡Ay!, ¿pero qué es? ¿Qué es?

Doña Cenobia ¡Estupefáctanos, hija!... ¡No nos tengas en vilo!

Doña Daría Pues veréis... Que Sisinio, ese marido mío, que vale lo que pesa ..

Jovita (Cuarenta y ocho kilos).

Doña Daría Queriendo que un acontecimiento feliz haga inolvidable el día de la petición de mano, de tu hija para mi hijo, ha solicitado del Directorio, en el que cuenta con generales simpatías, la encomienda de Alfonso XII para tu marido, y le ha sido concedida.

Doña Cenobia ¡¡Qué dices!!... ¡Benítez Comendador!...

Doña Daría ¡Benítez Comendador!

Jovita ¡Papá condecorado!

Doña Daría ¡Condecorado!

Doña Cenobia ¡Ay, Daría, pero qué noticia me das! ¡El, una persona de origen tan humilde, hijo de un sastre... y verse ahora condecorado! ¡El condecorado, y sastrería... su padre!... ¡Oh!... ¡Las vueltas que da el mundo! ¡Oh, qué alegría!

Mimí
Totó ¡Ay, que sea enhorabuena!

Doña Daría Y dentro de unos minutos llegarán con mi marido, don Taciano, el catedrático de Retórica, y don Publio el Registrador... que constituyen la Comisión, a notificaros oficialmente la buena nueva.

Doña Cenobia ¡Ay, pues me voy a arreglar un poco, no sea que me sorprendan a la neglisé!

Doña Daría Sí, sí; arréglate un poco... Que te encuentren hecha una excelentísima señora...

Doña Cenobia Excelentísima e ilustrísima... porque excelentísima ya me lo han dicho muchas veces, aunque me esté feo el decirlo... Vamos, vamos antes que vengan. Aguardad, niñas. ¡Oh, qué alegría, qué alegría tengo!

Doña Daría ¡Tú, que no habías tenido nunca más tratamiento que el de los médicos!... Y ahora, ¡Excelentísima! ¡Ilustrísima! *(Se va haciéndole reverencias).*

ESCENA IV

JOVITA, TOTO y MIMI.

Jovita ¡Ay, Dios mío de mi alma! Mi padre Comendador... ¿Pero estáis oyendo?

Mimi ¡Ay, calla, chica, porque es espantoso lo que te sucede!

Jovita Sí, todo esto complica más mi situación; porque, claro, con este favor, mis padres se han de sentir más obligados a estos señores y cuando yo les diga...

Mimi ¿Pero tú es que no quieres a Medardo ni verlo?

Jovita ¡Yo qué le voy a querer! Si eso no es un hombre, es el Fleury con saqué.

Totó Verdaderamente lo tuyo es bestial; querer a un hombre con locura y tenerse que casar con otro.

Jovita No, es que yo con Medardo no me caso; pase lo que pase...

Mimi ¡Pero mujer, estando ya las cosas tan adelantadas!...

Jovita Nada me importa. No me caso. Pase lo que pase.

Totó Es que ya conoces el carácter de tu padre; inflexible, severo...

Jovita Todo lo arrostraré.

Totó Papá siempre lo está diciendo. Cuando Benitez dice: Por aquí meto la cabeza... Dios quiera que le quepa, porque si no, se la afila.

Jovita Pues todo será inútil, os lo juro. ¡No me caso con Medardo, no, no y no! Yo adoro a Luis. ¡Para mí no hay otro hombre en el mundo, y, o me caso con él, o hago un disparate!

Mimí ¡Por Dios, Jovita!

Jovita No sabéis... No sabe nadie de lo que soy capaz.

Totó ¡La verdad es, que buena diferencia de uno a otro!

Mimí La única ventaja de Medardo es que es la primera fortuna de la ciudad, y Luis... el pobre, de posición...

Jovita Luis es más rico que el otro. ¿Que no tiene dinero, y qué?... Pero es joven, inteligente, bueno...

Totó Dicen que es un médico notable.

Jovita Ya se abrirá camino. Lo que pasa es que le ha hecho todo el mundo el vacío en este pueblo asqueroso y miserable porque su padre tenía un periódico liberal un poco exaltado y él no ha querido renegar de tan generosas ideas, y le han vuelto la espalda esta colección de idiotas y tartufos y no le llaman más que los pobres, y a los pobres no les cobra y, claro, no tiene dinero; pero no le hace... con dinero o sin dinero, ¡será mi marido!

Mimí ¡Ay, pero qué cosas dices!

Totó ¿Y no te importará ser pobre?

Jovita ¡Ser pobre por quererle!... ¡Qué mayor fortuna!...

Mimí ¡Ay, calla, que si te oyeran!...

Jovita ¡Que me oigan!... Yo soy así, como él. No me

importa el mundo; me importa mi conciencia.

Totó ¡Ay, pues yo no comprendo!...

Jovita ¡Tú qué vas a comprender!... Pero oídlo bien. Hoy se decidirá mi vida. Y ocurra lo que ocurra. ¡O de Luis o de nadie!

Mimí ¡Ay, Jesús, yo no sé cómo eres!

Jovita Yo sí.

(Suena la campana de la puerta).

Totó ¡Callad, que llaman!

ESCENA V

Dichas, DOÑA CENOBIA, DOÑA DARIA. Luego DON SISINIO, DON PUBLIO y DON TACIANO y CRISPULA.

Doña Cenobia *(Saliendo).* Críspula, que han llamado.

Críspula *(Que sale).* Voy, señora. *(Va a abrir).*

Doña Daría Debe ser mi marido con la representación del elemento serio de la ciudad, que viene a haceros la notificación oficial.

Doña Cenobia ¡Jesús, y Benítez sin venir!

Doña Daría Le esperarán. No importa.

Críspula Señora...

Doña Cenobia Dime.

Críspula Don Sisinio, don Taciano y don Publio, que me han dicho que les anuncie diciendo a la señora que son... una cosa muy larga de a perra gorda... que, la verdad, no me acuerdo.

Don Sisinio *(Apareciendo seguido de los otros dos).* Pues la Comisión gestora de la suscripción popular iniciada para adquirir las insignias de la ínclita Orden de Alfonso XII, en pro de tu amo don Antonino Benítez de la Garza.

Don Publio Cuota única, perra gorda.

Don Taciano Y voila tout. ¿Ves qué breve y qué sencillo?

Doña Cenobia Pero claro, a la chica se le ha quedado en el oído lo de la perra nada más. Pero pasen, señores, pasen... ¡Tanto honor por esta casa!

Don Sisinio *(Entra y saluda.)* Cenobia, Jovita; Totó, Mimí... esposa.

Don Publio *(Idem).* Cenobia, Daría, Jovita, Totó Mimí...

Don Taciano Cenobia, Daría, Jovita, Totó, Mimí...

Doña Cenobia Siéntense, siéntense...

Don Sisinio Con su permiso.

Don Publio Con su licencia.

Don Taciano Con su venia.

Don Sisinio Pues bien; supongo, mi discreta y amable consuegra, viendo aquí a mi cónyuge, que respecto al móvil que nos trae, está usted de sobra percatada...

Don Taciano Está usted como quien dice a la extremité de la rúe...

Don Publio Como diríamos en el idioma de Racine.

Doña Cenobia ¡Ah, sí, mis queridos amigos!... Y no saben ustedes cuánta es mi gratitud por el espontáneo y nobilísimo acto realizado por ustedes para que se haya condecorado a mi Antonino.

Don Sisinio ¡Oh, querida Cenobia; nada más dichoso para unos varones justos!

Don Publio Hora era ya de que se premiasen las virtudes privadas y públicas de los hombres ilustres de Villanea.

Don Sisinio Decir Benítez en este pueblo, es decir probidad, es decir seriedad, es decir austeridad...

Don Taciano Y cuando un apellido es síntesis y compendio de tan acrisolada... *(Estornuda).* Atchís...

Don Sisinio ¡Jesús!

Don Taciano Gracias. Y cuando un apellido es síntesis de tan acrisolada... *(Estornuda).* Atchís...

Don Publio Jesús, y no sigas, que hay períodos retóricos que le hacen el efecto del rapé. *(Sigue él).* Síntesis y compendio de tan acrisoladas virtudes, sólo con llevar ese apellido, se lleva el más nobiliario de los títulos... se llevá...

¿Quién aventaja en este pueblo a Benítez en seriedad?

Doña Cenobia Eso pueden ustedes jurarlo. En su biografía anecdótica, constará algún día que odia al conejo, porque dice que es el único animal que se ríe.

Don Publio Sí; pero no es el único. Animales conozco yo que se desternillan.

Don Taciano Y respecto a probidad...

Doña Cenobia ¡Oh, eso!... Buena prueba de probidad dió el probe, digo el pobre, cuando nos casamos. Ya saben ustedes que papá era farmacéutico. ¿Quién no conocía en la ciudad la antigua farmacia de Aguado?... Pues bien: papá era autor de varios específicos; entre ellos de un vino tónico acreditadísimo que nos daba una renta cuantiosa. Murió papá y me dejó a mí la explotación del citado vino; pero Benítez rechazó aquella fortuna, porque dijo... que él no vendía el «Vino Aguado»,... y no hubo quien le apease de su jumento.

Don Sisinio ¡Oh, qué ejemplo!...

Don Publio Y respecto a formalidad...

Doña Cenobia Respecto a formalidad, les contaré un sencillo caso, desconocido hasta el día, que acredita a Benítez como el ser más formal de la tierra. Tuvo necesidad, en una ocasión, de tomar un oficial para la Notaría, que era una verdadera joya. No tenía más defecto aquel hombre que pesaba noventa y ocho kilos y se llamaba Delgado. Pues bien; Benítez le llamó un día y le dijo: «Mi querido amigo, o se pone usted a plan o se marcha de casa. Aquí el que se llama Delgado, no puede pasar de cuarenta y ocho kilos».

Todos *(Con gran admiración).* ¡¡Oh!!

Don Sisinio ¡Oh, qué hombre!... Pues bien, señora, todo eso, ¿no era preciso premiarlo y enaltecerlo

de un modo público y honorífico?... No era preciso que don Antonino...

Don Taciano Callarse, que la sombra de Benítez acaba de dibujarse en el stor.

Doña Cenobia ¡Es verdad!... Ya está ahí. Es la sombra de Nino... La conozco.

Don Publio ¡Ved qué figura tan austera, tan seria, tan noble! Viene con un sacerdote.

Doña Daría ¡Qué ademanes tan majestuosos!

Don Sisinio Ese sacerdote con quien viene departiendo me parece el padre Arroyo.

Doña Cenobia Pues no le gusta ir con él porque dice que está demasiado seco para llamarse Arroyo...

Don Taciano ¡Ya se despiden!

Don Publio ¡Cómo le besa la mano!...

Doña Cenobia ¡Y cómo le dice «Adiós»! ¡Qué majestad en el aleteo! *(Le imita).*

Don Sisinio ¡Ya llama! *(Suenan dos campanaaas solemnes).*

Doña Daría ¡Oh, y cómo llama!

Doña Cenobia ¡Qué dos campanadas tan sonoras y tan solemnes!

ESCENA VI

Dichos, BENITEZ, primera derecha.

Críspula *(Con toda solemnidad).* ¡El señor!

Benítez *(Aparece. Hace una reverencia. Este señor no se ríe aunque le maten).* ¡Señores!...

Doña Cenobia ¡Nino!

Jovita ¡Papá!

Todos ¡Benítez!

Benítez *(Con una gravedad que asusta. Trae una carpeta de papeles bajo el brazo).* Supongo que se reflejará en mi rostro la inmensa alegría que me rebosa...

Todos *(Asintiendo).* Sí, sí...

Benítez Al encontrar en mi morada tanto bueno.

Don Sisinio Bueno es lo que llega.

Benítez Bueno es lo que está.

Don Sisinio Bueno es lo que...

Benítez Bueno; vamos al cincuenta por ciento.

Don Taciano Muy gracioso el chiste.

Todos Muy gracioso, muy gracioso.

Benítez ¡Hoy estoy jovial!

Doña Genobia Pues estos señores, Nino, hace ya un rato que te están aguardando.

Benítez Lo siento; pero ya saben ustedes que soy el Notario de la Marquesa de Pangrueso, que hoy se encontraba mal, y ha querido testar, y como es una testadora tan testaruda...

Doña Daría ¿Y cómo está la de Pangrueso?

Benítez Pues hecha migas, amigas mías. La han visto treinta y cuatro médicos, y todos han coincidido en que no tiene nada...

Doña Daría ¿Entonces?...

Benítez Nada sano.

Don Taciano Muy gracioso el chiste, muy gracioso...

Todos Muy gracioso. Muy gracioso.

Benítez Hoy estoy jovial.

Doña Genobia Bueno, Benítez, y has de saber que estos señores han venido...

Benítez ¡Lo sé todo! ¡Oh, amigos míos! (*Los abraza*). ¿No me notáis en el rostro el inmenso júbilo que me rebosa?

Don Sisinio ¿Pero quién te lo ha dicho, si nosotros queríamos darte la sorpresa?

Benítez El Comité del Casino. He entrado allí hace un instante a tomarme el vermouth de mañana por la mañana, que no podré ir, y todos han venido a mí como locos: «¡Benítez, el Gobierno te ha condecorado!... ¡Eres comendador, Benítez!»... Yo, al principio, creí que era una broma; pero me lo ha notificado el alcalde, dándome un abrazo, y qué emoción habré experimentado, que ansioso de llegar a casa, corrí por los salones seguido de to-

dos, que me aplaudían, y aturdido, en vez de irme por la escalera, me fuí... me fuí... al lavabo... Hasta que al fin, rectifiqué el itinerario y vitoreado y aplaudido gané la calle, y aquí me tenéis en vuestros brazos, y preso de una alegría que se me ríen hasta los huesos.

Don Publio ¡Todo te lo mereces, Benítez!

Benítez Y sobre todo, el detalle que más me ha conmovido, el verdaderamente enternecedor, es que me ha dicho el alcalde que, apenas abierta la suscripción, todo el mundo ha ído con sus diez céntimos... ¡Y todos los niños de la ciudad han cogido una perra para contribuir a mi enaltecimiento!

Doña Cenobia ¡Oh, eso baña las pupilas!... *(Todos se enjugan alguna lágrima).*

Benítez ¡Que si la baña!...

Don Sisinio Hora era ya, de que se te hiciera justicia, Benítez. Y que esta vez, por fortuna, no se trata de una broma indigna como la que te gastó Maluenda, nuestro entonces diputado a Cortes.

Benítez ¡Oh, no me lo recuerdes!

Doña Daría ¿Qué broma fué?

Benítez Nada... ¡Una friolera! Que me dijo que pidiese una condecoración al ministro de Estado, que él me recomendaría.—¿Qué te parece que le pida?—le dije—. Hay que advertir que yo acababa de ser alcalde. Lo que te guste más —me dijo—. Yo preferiría algo que tuviese banda. Pues pídele la banda municipal. Yo, inocente y confiado, se la pedí, y me contestó el ministro que dónde iba a ponerme ciento diez y ocho individuos con sus correspondientes instrumentos... Y me mandó un disco gramofónico.

Don Sisinio ¡Para matarlo!

Benítez O al menos para lesionarlo gravemente.

Don Sisinio Pues yo, querido Benítez, he pedido al Gobierno para tí esa condecoración, no sólo porque la mereces, sino para señalar con un hito de solemnidad el entronque de nuestras dos ramas, Benítez y Regúlez, por el casamiento de esa tu hija, estuche de bellezas morales y de las otras, con mi hijo Medardo, cuya juventud es suma y compendio de virtudes y sabidurías.

Doña Cenobia ¡Miradlo, ahí llega! *(Se ve la sombra de Medardo proyectarse sobre el stor. Viene discutiendo con dos o tres sacerdotes).*

Don Sisinio Y discutiendo con los doctores de la Iglesia.

Doña Daría ¡Oh, es un espejo de caballeros. . modelo de hijos!

Don Sisinio ¡Sabio, erudito, filósofo!

Benítez ¡Honra y prez del Ateneo Villaneano!

ESCENA VII

Dichos y MEDARDO, por primera derecha.

(Es un joven calvo, con gafas de concha; viste de chaquet. Tiene empaque de sabio y, sobre todo, de pedante.)

Medardo Señoras y señores... *(Abre los brazos como si fuera a pronunciar un discurso.)*

Doña Daría ¡Angel mío!...

Medardo ¡Mamá!... ¡Papá!...

Benítez ¡Adelante, adelante!

Don Sisinio ¡Suponemos que ya sabrás lo del señor Benítez!

Medardo Lo sé y vengo a sumarme al júbilo que reinará en esta noble mansión.

Doña Cenobia ¡Sí reina, hijo; sí reina!

Benítez ¡Gracias, Medardito, gracias! *(Le abraza.)*

Medardo Don Antonino; al poner el Gobierno sobre ese noble pecho una cruz, ha señalado a la Humanidad un ejemplo a seguir; porque como

dice el filósofo húngaro Pelistrouky. Como se señalan con una cruz los santuarios para que los fieles se postren y oren, también los pechos de los hombres se deben señalar con otra cruz, porque los pechos de los hombres son santuarios del honor y de la dignidad, ante los cuales los demás hombres es preciso que oren y se postren.

Benítez ¡Oy, postren!... ¡Deja que te estreche al final!

Todos ¡Muy postren bien, muy bien!

Benítez Gracias, Medardito, gracias... Mira lo que te llevas, hija mía... ¡Orador, filósofo erudito... escuálido!... Todo en una pieza.

Don Sisinio Míralo. Tiene veintiséis años y parece un viejo... ¡Qué mayor elogio!

Medardo ¡Por Dios, no confundirme, papá!

Benítez ¡Míralo, con sus gafas, con su calva y con un saqué, que discute de Teología con el padre Camarasa!

Don Sisinio Aquí le tienes, veintiséis años y ha terminado ayer una obra profunda en sesenta y dos tomos, que va a admirar al mundo.

Medardo Influencia del Papado en el progreso psíquico de todos los pueblos.

Benítez Yo le he aconsejado que lo titule «Papas y nada más que papas». Es más breve y más expresivo.

Medardo Sí, pero el sentido megalómano de la gente, está tan despierto, que eso de papas podían tomarlo en su acepción retruecanesca y villana y hundirme la obra en el abismo de la pitorreología.

Don Sisinio ¡Es verdad!

Doña Daría ¡Cómo discurre!

Benítez ¡Oh, ven acá, hija mía; uníos! ¡Mirad qué parejita tan bella van a hacer! Anda, dile algo tierno, filólogo.

Medardo (*Ruboroso.*) ¡Por Dios!

Benítez Anda, megalómano, dila una frase piropeológica.

Medardo Turris davídica. (*Baja los ojos.*)

Benítez ¡Oy, qué preciosidad! ¡Le ha dicho turris!

Doña Cenobia Anda, contéstale tú, hijita.

Jovita. Bueno, pues... Ora pronobis. (*Baja los ojos también.*)

Benítez ¡Oh, qué dos piropos tan litúrgicos! ¡Qué pedazo de pedagogo te llevas, hija!

Doña Cenobia ¡Qué serie de pedagoguitos vais a dar al mundo!... ¡¡Oh!!

Benítez En fin, nena; pasa a estos señores al comedor y sírveles una taza de te, que ahora vamos nosotros. Permanece, Cenobia. He de decirte de tres a cuatro palabras.

Doña Cenobia Pasad, pasad, que ahora vamos. (*Entran todos.*)

ESCENA VIII

DOÑA CENOBIA, BENITEZ. Luego, JOVITA.

Benítez ¡Ay, Ceno de mi alma! ¡Yo condecorado! ¡¡Mi sueño dorado!! ¡Ven a mis brazos, que me efusione contigo! (*La abraza con las puntas de los dedos.*)

Doña Cenobia ¡Sáciate, Comendador!

Benítez ¡Estoy loco de contento. ¡Cenita de mi vida!

Doña Cenobia Hoy es el día más feliz de nuestra existencia.

Benítez Bueno, y esto es preciso que lo celebremos, unido a la petición de nuestra hija, dando una fiesta que aturda a la ciudad.

Doña Cenobia ¿Qué te parece que hagamos?... ¡Yo daría un te con jabansquistas y todo!

Benítez Oye, ¿y no sería más serio, y también es un te, celebrar un te deum en la Catedral, en acción de gracias?

Doña Cenobia ¡Pero eso no divertiría a nadie!

Benítez Si lo cantaba don Onofre, ya lo creo que se divertirían. Es un gran chantre. Mejor dicho, sochantre, que es como lo llaman ahora para molestarlo.

Doña Cenobia Oye, ¿y no estaría bien hacer algo para que los pobres participasen de nuestra alegría?

Benítez ¡Excelente idea!

Doña Cenobia ¿Qué te ocurre, Benítez?

Benítez Pues, por ejemplo, les podríamos pagar botica y entierro a los tres primeros que se mueran este año. ¿Qué te parece?

Doña Cenobia. ¿Y si no se muere ninguno?

Benítez Ellos se lo pierden. Pero ya conoces lo que son los pobres, y en cuanto se enteren, verás cómo se animan.

Jovita (*Sale primera izquierda.*) ¡Papá, mamá!...

Benítez ¡Hija mía!

Doña Cenobia ¿Cómo dejaste a los convidados?

Jovita (*Con cierto temor.*) Es que necesitaba hablar con ustedes, mamaíta.

Benítez (*Con extrañeza.*) ¿Con nosotros?

Jovita (*Sigue el temor.*) Y de algo urgente y muy grave, que no puedo aplazar.

Benítez ¡Tú, de algo urgente y grave!

Jovita Sí, papá.

Benítez ¡Caramba, me alarmas!... ¿Y qué es ello?

Jovita (*Vacila, temerosa. Titubea.*) Pues... pues se trata de... de...

Doña Cenobia. (*Asustada también.*) Oye, niña, supongo que no será que a estas alturas se ha recrudecido en tu corazón aquel estúpido afecto, que creíste sentir hace algunos meses, por ese granuja de Villafranca.

Jovita Pues eso es precisamente, mamá.

Benítez (*Aterrado.*) ¿Cómo eso?

Jovita ¡Sí, papá!

Doña Cenobia. ¿Pero tú estás loca, hija?...

Jovita No, mamá. Y como quiero, antes que las cosas tomen más vuelo, proceder con toda

sinceridad y nobleza, es preciso que les diga a ustedes, que yo no puedo continuar ni un minuto más, engañando a Medardo, ¡porque yo no he de casarme con él!

Benítez ¡Santo Dios! ¿Pero qué dices?

Doña Cenobia. ¡¡Virgen Santa!!... ¿Estás en tu juicio?

Jovita (*Enérgicamente.*) ¡Que no me caso con él!

Benítez ¿Pero cómo vamos a dar esa campanada, estando las cosas como están?...¡Reflexiona, por Dios, hija mía!...

Jovita ¡No me caso con él aunque se hunda el mundo, papá! Pero como yo, salvo mi intransigencia en este asunto, soy una hija sumisa y obediente, vengo a decirles a ustedes que dispongan mi ingreso en un convento, que me encierren, que me azoten, que me martiricen... que hagan conmigo lo que quieran... ¡Todo!... ¡Todo menos casarme con Medardo!

Benítez (*Exaltado y furioso.*) Es decir, que ese granuja de Villafranca...

Doña Cenobia. ¡Por Dios, Benítez, más bajo que te van a oir!

Benítez ¿Es decir, que ese granuja de Villafranca se ha propuesto destruir la felicidad de mi casa, y va a conseguirlo?... ¡Pues, no!... ¡Yo iré a buscarlo, si es preciso, y le daré una patada en los riñones!...

Doña Cenobia. ¡Más bajo... más bajo, Benítez!

Benítez ¡Donde le pille!

Doña Cenobia. Digo que bajes la voz... ¡Ya que demos el escándalo, que sea en voz baja!

Benítez ¡Hija mía; mira cómo estoy, tembloroso, frenético!... No desoigas mi ruego... Piensa en tu padre, ser inflexible, todo honor y todo seriedad... ¡No me hundas en los abismos del ridículo!... ¿Qué encuentras a Medardo que no te guste?... Tiene una figura distinguida; tiene una cabeza privilegiada...

Jovita Es una cabeza de pim, pam, pum, papá.

Benítez (*Chillando.*) ¡Pues no dice que es de pim, pam, pum! ¡Pin, pam, pum!

Doña Cenobia ¡Por Dios, los disparos más bajos!...

Jovita ¡Además, sea Medardo como sea, es que yo amo a Luis con locura y sólo me casaré con él!

Benítez ¿Pero no la oyes?... ¡Esta hija me mata! (*Frenético.*) Sujétamela, que le de... (*La amenaza.*)

Jovita (*Huyendo.*) ¡Por Dios, papá!

Doña Cenobia. ¡Por Dios!... ¡Que te va a dar una congestión, Benítez!

Benítez ¡Hija infame!... ¡Hija relapsa!...

Doña Cenobia ¡Ay, relapsa! ¡Ay qué cosas dice ya! ¡Ay, que le va a dar una apoplegía! ¡Ay, mi Nino!... ¡Cálmate, Nino!...

Benítez ¡No puedo, Cenobia, no puedo calmarme!... Y óyelo bien, hija indómita; ya escuchaste a esos varones ilustres: «¡Decir en este pueblo «Benítez», es decir seriedad, formalidad, energía!...» ¡Yo dí mi palabra a los padres de Medardo y tú te casas con Medardo, o a mí me cuesta la vida!...

Jovita ¡No, papá, por Dios!...

Benítez ¡O me cuesta la vida!... ¡Hija infame!... ¡Te lo juro!... ¡Mira! (*Trata de besarse los dedos cruzados y no acierta.*)

Doña Cenobia. ¡Cálmate, Benítez, que no atinas ni a besarte las cruces!... ¡Que te va a dar algo!

Jovita ¡Papá... mamá!... ¡Por compasión!...

Benítez ¡Que no transijo!... Y ahora... ¡Ni una palabra más! ¡Te casarás con Medardo!... ¡Mataré a Villafranca si es preciso!... ¡Te doy cinco minutos para resolver! ¡Si te niegas, a la noche estás en un convento!... ¡Yo, antes que tu padre, soy Benítez!... ¡Y Benítez es Benítez!...

Jovita ¡Pero, papá!... (*Llora amargamente.*)

Doña Cenobia. ¡Ay, Nino; qué grande eres!

Benítez ¡Te doy cinco minutos! ¡Benítez es Benítez!...Y ahora... ¡Chitsss!... Ni una palabra más. ¡Benítez es Benítez! *(Vanse izquierda.)*

ESCENA IX

JOVITA. Luego, LUIS.

Jovita ¡Dios mío! ¡Dios mío, qué horror!... ¡Si no cedo, papá se muere del disgusto, y si cedo, es mi infelicidad, mi desdicha para siempre!... ¿Qué haría yo, Dios mío, qué haría yo?... ¡Y mi pobre Luis!...

Luis *(Con su cara simpática y alegre, levanta el stor de la reja y se asoma.)* ¡Jovita!

Jovita ¡Ay, Luis; Luis de mi alma!... ¡En qué momento llegas!

Luis ¿Qué te pasa? ¡Estás desolada!

Jovita Acabo de tener con papá la entrevista que te dije.

Luis Y por tus lágrimas veo que no ha transigido.

Jovita De ningún modo. Dice que antes la muerte. ¡Figúrate!

Luis *(Riendo.)* ¡Jesús!... ¡Qué trágico! Lo suponía. *(Muy alegre.)* Pues nada, no llores. Seca esos ojos tan claros y tan dulces, desarruga ese ceñito triste y sonríete... porque todo este problema espeluznante con que te amenazan, yo lo tenía previsto... y es más, ¡resuelto!

Jovita ¿Resuelto?

Luis ¡Claro, mujer, que me conoces! Y abre, ábreme un instante... que no me siento todo lo optimista que debo, sino cerca de tus brazos.

Jovita Aguarda. *(Sale y le abre.)*

Luis *(Que entra con toda cautela y estrechamente*

unido a Jovita. Toda la escena en voz baja.) ¿De modo que dices que tu padre?...

Jovita Sí; me ha amenazado con el convento, con nuestra separación... Me habló de la palabra empeñada... de su honor... de su seriedad...

Luis ¡Bah, bah, bah!... Pequeñas bagatelas, y perdona la redundancia.

Jovita Dice que si no le obedezco no soy una buena hija.

Luis A tu padre le interesa que seas una buena hija; pero a ti te interesa ser una buena mujer, y para serlo no puedes casarte con un hombre que no amas; y claro, ¡no te casarás!

Jovita ¿Pero quién lo evita, Luis?

Luis ¡Yo, tonta!

Jovita ¿Tú? ¿Pero cómo?

Luis Mira, amor mío; conozco a tu padre, conozco a tus presuntos suegros y conozco la ciudad en que vivo, y aquí lo que hay que hacer es cortarle las alas al drama y dejarlo en un juguete cómico en el cual, el ridículo dé al traste con todos esos fantoches dispuestos a la tragedia, para destruir, unos conscientes y otros inconscientes, la felicidad de dos muchachos que se aman. ¿No es eso?

Jovita Eso es, Luis. ¿Pero cómo has de lograrlo?

Luis ¡Con voluntad, astucia y amor, que es con lo que se logra todo!... ¿Tú en un convento?... ¡De ninguna manera! ¡Tendría que robarte de allí y no quiero disgustos con el clero!... ¿Que la fortuna de tu padre se pierde para ti?... Tampoco te conviene. Sería una insensatez y una lástima. ¿Nosotros separados para siempre?... ¿Por qué, amándonos locamente? ¿La salud de tus padres comprometida? ¡Jamás! Que vivan sanos y gordos, para que alegren sus horas viejas las risas de sus nietos.

Jovita. ¡Luis, eres un optimista!

Luis A mucha honra.

Jovita. Pero, ¿cómo vas a lograr eso?

Luis Ya te dije que lo tengo todo resuelto. Sólo quiero que tú me digas «hágase» y empezará a desenvolverse mi plan.

Jovita Pero, ¿qué plan es ése?

Luis No quiero que lo conozcas. Es un poco audaz y podría asustarte. Basta que sepas que no queda detalle por disponer, escenario, actores, la farsa urdida... y una gran fe en el éxito..., ¡porque yo creo que toda comedia de noble intención, acaba buenamente! Acepta, déjame, déjame hacer y seremos felices.

Jovita Luis, mi fe está en tu amor. ¡Todo por nuestra felicidad! Haz lo que quieras.

Luis Pues empiece la farsa. Tú, desde este momento, con tu padre, solícita y transigente. ¡La victoria es nuestra!... ¡Adiós! ¡Confía en mí!

Jovita. ¡Adiós, Luis! *(Vase Luis por donde entró.)*

ESCENA X

JOVITA. Luego, BENITEZ. Luego, CRISPULA.

Jovita ¡Qué intentará, Dios mío! El me habló hace días, de que para resolver lo nuestro estaba urdiendo una comedia en la que le habían prometido intervenir, mediante algún dinero, unos cómicos sin contrata que andan por el pueblo... ¿Será algo de eso? ¡Ay, sea lo que quiera! ¡Dios nos ayude, porque de lo contrario!... ¡Calle, papá!

Benitez *(En tono trágico, entrando.)* Han pasado los cinco minutos que te di de plazo... ¿Qué has resuelto?...

Jovita *(Fingiendo actitud sumisa.)* ¡Sea lo que vosotros queráis, papá!... ¡A todo me resigno!

Benítez ¡Oh, eso me gusta! ¡Así te quiero yo, hija mía! ¡Sumisa y obediente! Dale la buena nueva a tu madre, únete a Medardo y dile, pero espontáneamente, ¿lo oyes?, que le amas con locura.

Jovita Lo que me mandes.

Benítez Eso es ser una buena hija. Ven que te dé un beso. *(Le da un beso rápido y seco.)* Anda. *(Le señala la puerta. Vase Jovita primera izquierda.)* No podía ser otra cosa: porque si cedo, se van al suelo mi seriedad y la energía. «¡Adiós, Benítez!» *(Llaman a la puerta.)* Han llamado.

Críspula *(Que sale.)* Voy a abrir, señor.

Benítez Veas quién es. *(Vase Críspula a abrir.)* Me ha parecido llamar de gente extraña. *(Atiende.)* Sí, parece que oigo una voz femenina y desconocida. Discuten. ¿Quién será?...

Críspula *(Que entra con cierta zozobra.)* Señor...

Benítez ¿Quién es?

Críspula Una señorita muy elegante...

Benítez ¡Hola!...

Críspula Que dice que se llama Mari Sol Alzugaray.

Benítez ¿Alzuqué?

Críspula Garay.

Benítez Garay...; pues no la conozco.

Críspula Dice que es forastera y que la obliga a molestar al señor un asunto tan urgentísimo y grave que no puede marcharse sin ver al señor.

Benítez Caray...; pues no me acuerdo. ¿Tú le has dicho que no son horas de despacho?

Críspula Se lo he dicho todo; pero llorosa y afligida me ha insistido en que no se va sin hablar con usté.

Benítez Pues dila que no puedo recibirla, que no me es posible, que no...

Críspula Es guapísima...

Benítez Que no se vaya, que no se vaya, ¡qué demo-

nio! Si dice que es forastera y viene llorosa... la recibiré un momento. Dila que pase. (*Vase Críspula.*) ¿Qué querrá de mí una mujer guapa, llorosa y desconocida?

ESCENA XI

BENITEZ. MARI-SOL.

Mari Sol (*Aparece envuelta en un abrigo de pieles. Elegantísima.*) ¡Señor Benítez!

Benítez (*Asombrado.*) ¡Bella es!

Mari Sol (*Se echa a sus pies llorando.*) Usted perdone, don Antonino, que me atreva a hollar el santuario de un hogar dichoso, de un modo tan brusco e inopinado... perdone usted que holle...

Benítez Usted holla lo que le da la gana; pero sin hacer pucheros, señorita. Tranquilícese, siéntese y háblese, digo, hábleme.

Mari Sol ¡Ah, sí, sí... no en vano me habían dicho que era usted el hombre más justo, más serio y más bueno de la tierra! ¡Permita que le bese la mano!... (*Hace ademán.*)

Benítez Señorita..., yo no sé si debo...; pero, en fin; está usted muy afligida para negarle nada. ¡Óscule! (*Se la da, y ella besa repetidamente.*)

Mari Sol ¡Ay, gracias, gracias mi bondadoso amigo... porque usted ha de ser mi amigo, mi protector!

Benítez Bueno, bueno, tranquilícese y diga en qué puedo servirla.

Mari Sol Señor Benítez..., una persona que nos ama a los dos, me aconsejó que le viese a usted y que le abriese mi pecho.

Benítez Pues, ábramelo.

Mari Sol (*Se quita el abrigo y aparece escotadísima y*

con un traje muy corto.) Y va a ver hasta el fondo de mi corazón.

Benítez (Es muy posible.) (¡Yo no sé dónde mirar!... ¿Qué legajo cogería yo para entretenerme?)

Mari Sol *(Se sienta y sienta a Benítez a su lado.)* Señor Benítez, mal está la propia alabanza; pero antes de contar a usted mi desdichada historia, es preciso que empiece por decirle, que yo era una joven honesta, inocente, tímida y corta... tan corta...

Benítez ¡No me hable usted de eso, que lo veo!

Mari Sol Y claro, los hombres...

Benitez ¡La han visto a usted tan corta que han abusado!...

Mari Sol No; iba a decir que los hombres pasaban por mi lado sin despertar en mi alma el más leve sentimiento de amor y de atracción... ¡Sí, señor Benítez!... *(Se acerca a él.)*

Benitez No invada mi asiento, se lo ruego.

Mari Sol Un día, un canalla apareció en mi vida, y con su mirada incendió este pecho...

Benitez ¿Cuál?... ¡¡Digo! ¡Qué granuja! Sí, ya lo veo.

Mari Sol Este pecho purísimo...

Benítez Ya lo veo.

Mari Sol Este pecho inocente. Yo le amé con locura...

Benítez ¿Ciegamente? *(Mirando con disimulo.)*

Mari Sol Y al fin, arrastró por el lodo mi honor maculado. ¡Ah, señor Benítez! *(Se acerca.)*

Benítez No me invada el asiento que estoy al borde. Bueno, señorita; pero usted me permitirá que le pregunte, ¿qué relación puedo tener yo con ese fracaso amoroso?

Mari Sol Una relación muy importante, tan importante, que se va usted a aterrar, que se va usted a caer de espanto en cuanto se lo diga... Porque, oígalo usted bien. *(Se levanta y lo levanta.)* ¡El que me robó la honra, el que mancilló las canas veneradas de mi anciano padre, el miserable que me sedujo, fué Me-

dardo Regúlez del Palmeral, hijo de los marqueses de Chafarinas, prometido de su hija de usted!

Benítez (*Verdaderamente aterrado.*) ¡Joroba!... ¿Pero está usted en sus cabales, señorita?

Mari Sol ¡Sí, ese hipócrita, ese canalla, es mi seductor!

Benítez ¡Dios mío, pero Medardito...; pero si no es posible!... ¡Si es un filósofo!

Mari Sol Sí, es un filósofo; pero embarulla. Me sedujo el año que estuvo en Madrid haciendo el doctorado. ¡Me pintó un amor frenético!...

Benítez Pero si es un infeliz que no sabe pintar.

Mari Sol Pero dibuja admirablemente. ¡Si usted hubiera oído con qué frase tan artera me prometió una vida dichosa!... Me llevó a un cuartito encantador... Me daba para la comida, me daba para la ropa..., pero todo tan escaso...

Benítez Ya se ve, ya se ve...

Mari Sol Que yo empecé a sospechar. Luego me abandonó, y en cuanto supe que se casaba con una hija de usted, me he presentado aquí para decir a ustedes que yo no quiero nada, que no pretendo nada... Que no intento ser obstáculo a la felicidad de una joven angelical, y que he venido solamente..., ¡para pegarme un tiro aquí mismo!

Benítez (*Dando un salto.*) ¡No!... ¡Joroba!, señorita, eso no!... ¡Aquí tiros, no!

Mari Sol ¡Sí, caballero, sí; déjeme usted!

Benítez ¡He dicho que no! ¡Usted aquí no se pega nada!... ¡Que está usted muy nerviosa..., y muy próxima!...

Mari Sol Bueno, como usted quiera; me lo pegaré en el portal. ¡Pero antes de morir, señor Benítez, quiero recomendarle a usted, tan bueno y tan piadoso, que no abandone el fruto de mi desdichado amor!

Benitez	¡Joroba!... ¿Pero..., pero ha sido con fruto y todo?
Mari Sol	Un angel de mis entrañas... Lo traje como prueba contra ese. Ahí lo tengo, ¡miserable!
Benitez	¿Dónde?
Mari Sol	*(Le lleva de la mano.)* Venga usted. *(Descorre el stor.)* Mírelo. *(Agarrado a los hierros, aparece un niño de cinco años.)*
Niño	*(Con voz lastimera.)* ¡Mamá!
Benitez	¡Cielos!
Niño	¡Mamá!
Benitez	¡Tape, tape! ¿Pero será posible que ese canalla?... ¡Ah, yo necesito una prueba concluyente!
Mari Sol	¿Qué va usted a hacer?
Benítez	A llamar a Medardo y a ponerlo ante usted, a ver qué dice, cómo se disculpa.
Mari Sol	¡Oh, es inútil lo que va usted a intentar! Conozco su táctica. En cuanto alguien le habla de esto, pone cara de sorpresa, y dice que no me conoce.
Benítez	Le presentaré a su hijo.
Mari Sol	Dirá que tampoco le conoce. Ya lo ha hecho varias veces.
Benítez	Es que si el niño resulta suyo y ese farsante comete aquí esa felonía, le doy un puntapie que le hincho un carrillo.
Mari Sol	Ya lo verá usted.
Benitez	A ver si se atreve. *(Timbre.)*
Crispula	*(Aparece.)* ¿Señor?...
Benitez	Al señorito Medardo que venga. *(Vase Crispula.)*
Mari Sol	Verá usted qué cinismo para negar.
Benitez	¿Pero será tan malvado?... ¡El!... ¡Ocúltese!
Medardo	*(Saliendo.)* ¿Me llamaba usted?
Benitez	Oye, Medardito...
Medardo	Ordéneme.
Benítez	Una curiosidad... ¿Durante tus viajes a Madrid, no has dejado en él ningún recuerdo?

Medardo Ninguno. ¡Fué tan monótona y tan laboriosa mi vida!... De Licurgo a Epicteto, de Tácito a Platón...

Benítez Conque Platón, ¿eh?..., ¿y ningún recuerdillo?

Medardo Ninguno.

Benítez ¿Ni grande ni chico?

Medardo Ni grande, ni chico. Oracio, Tito Livio, Tertuliano...

Benítez Oye, y a propósito de Tertuliano..., ¿no conoces a esta señorita?

Medardo No...; no tengo el gusto de conocerla.

Mari Sol ¿Lo está usted viendo?

Benítez ¿No la has tratado nunca?

Medardo No he tenido ese honor.

Mari Sol ¡Tú qué vas a tener honor, canalla!

Medardo *(Aterrado.)* ¡Señorita!...

Mari Sol ¿Y tienes valor para decir que no me conoces, con las veces que te he adormecido en estos brazos?...

Medardo ¡A mí!... ¡Don Antonino!

Mari Sol ¿No te me comías a besos?...

Medardo ¿Yo?... ¡Que yo no me la he comido, don Antonino!

Mari Sol Y para que no niegues más... Ven aquí y, ¡muérete de remordimiento! *(Alza el stor.)* ¿Conoces a ese niño?

Niño *(Agarrado a los hierros.)* ¡Papá! ¡Papá!

Mari Sol ¿Lo está usted viendo?

Medardo ¡Mamá!... ¡Mamá, que me calumnian! ¡Que me confunden!... ¡Don Antonino, que yo le juro a usted!...

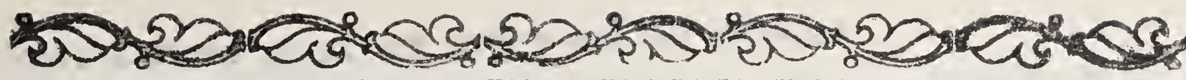
Benítez Basta, miserable, monstruo, so pedagogo. Sé lo que me incumbe. No quiero voces, no quiero escándalos. Voy a encerrarte aquí, y aguarda mi resolución. *(Llamando.)* Sisinio. *(Lo mete en un cuarto y cierra.)*

Mari Sol ¿Qué va usted a hacer?

Benítez Señorita. Sé lo que me incumbe. ¡Benítez, Benítez! *(Llamando.)* Sisinio...

Don Sisinio (*Saliendo.*) ¡Benítez!...
Benitez Pasa.
Don Sisinio ¡Tú con una señorita!
Benitez ¡Es forastera!
Don Sisinio ¿Dónde se ha dejado la ropa?
Benitez En la estación. Sisinio, te llamo para decirte que tu hijo Medardo es un canalla y un miserable.
Don Sisinio (*Dando un salto, y gritando ronco.*) ¿Eh?......
Benitez ¡Un canalla y un miserable!
Don Sisinio (*Loco de ira.*) ¡Benítez, esa afirmación!...
Benitez ¿Ves esta señorita?, pues es una desgraciada seducida por él.
Don Sisinio ¿Esta señorita seducida por él?... Una prueba. Dame una prueba...
Benitez Ven. Mira. (*Levanta el stor.*)
Niño (*Agarrado a los hierros.*) ¡Abuelo! ¡Abuelo!
Don Sisinio (*Retrocediendo espantado.*) ¡¡Oh!!
Benitez ¡Ahí lo tienes!
Don Sisinio ¡¡Ah!! (*Cae en brazos de Benítez.*)—*Telón.*

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Comedor modesto y alegre de una finca de campo de don Antonino. Tiene dos ventanas al foro, dos puertas a la derecha y una a la izquierda. Es piso bajo. De día.

ESCENA PRIMERA

NEMESIA y ROBUSTIANO.

(Al levantarse el telón, las ventanas y las puertas están cerradas. La escena a oscuras. Silencio profundo. Por fin, suenan unos golpes en la puerta primera derecha.)

Robustiano ¿Da usté su permiso?... *(Pausa.)* ¿Da usté su permiso?... *(Otra pausa. La voz más fuerte.)* ¿Da usté su permiso?

Nemesia *(Abriendo.)* Déjame abrir, que aquí no hay quien dé su permiso. *(Entra seguida de Robustiano.)*

Robustiano *(Hablan en voz baja.)* Se conoce que no s'ha levantao entavía la endevidua, digámoslo así, que llegó anoche y que está ahí durmiendo.

Nemesia Oye, Robustiano, ¿y quién te feguras tú que será esa señorita, digámoslo así, como tú íces?

Robustiano ¡Qué sé yo!... ¡Pero vaya porte y vaya elegancia!... ¡Dentro de la poca ropa que lleva!...

Nemesia Amos, que se trae unas faldas, que son pa

estarse de pie y que no haga mucho viento!

Robustiano ¡Pa mí que esto tié que ser un misterio mu grande!

Nemesia Sí, porque venir una señorita sola, a la finca más apartá de don Antonino, y con este secreto...

Robustiano Y luego el recao que me dió el amo por teléfono: —Ahora mismo llegará ahí una señora. Disponle cena y cama en la mejor habitación. Ni una palabra a ella ni a nadie. Pernotará ahí. Y ni más, ni menos.

Nemesia Oye, ¿y qué es eso de pernotará?

Robustiano Yo no sé, pero a mi también me chocó; y, por eso, en cuanto que vino, yo no hacía más que mirarla y dije: de que haga una cosa que yo no sepa lo que es, tié que ser el pernotéo

Nemesia ¿No sería lo del pernoteo eso que hizo al sentarse, que se le vió hasta la combinación?

Robustiano ¡Qué sé yo!... Ahora, que lo que yo sé decite, es que güena mujer, en lo que digamos... güena mujer, lo es; y guapísma y amabilisma.

Nemesia ¡Y d'una educación!... A mí, no hizo más que llegar y me dió un duro.

Robustiano Güenos prencipios que tién algunas personas.

Nemesia Yo, Dios me perdone, pero si don Antonino en ciertas cosas no fuese más serio y más grave que una pumonía doble, yo juraba, —Dios no me lo tenga en cuenta.— que ésto era algún trapicheillo del amo.

Robustiano ¡Amos, quita!... ¡Don Antonino, lo que es a la señora, no la falta, —digámoslo así.— hasta que se muera! Acuérdate e la Remigia, la hija del guardés de la Solana, aquella corretona que había servío en Madrí, que vino, se enamoró del amo, y le dió

un beso a la juerza, en el recibimiento... ¡que estuvo el probe un mes en la cama con erisipela!

Nemesia ¿Entonces, qué será esto?... ¡Una mujer joven, guapa, escondía!...

Robustiano No sé qué te diga... Por eso yo tengo gana d'hablala con cierta maña a ver si pueo sacá algo en limpio.

Nemesia ¿S'habrá levantao ya?...

Robustiano ¿Quiés que mire a ver?

Nemesia ¿Por aónde vas a mirar?

Robustiano Por el ojo e la cerraura.

Nemesia Está feo.

Robustiano Está feo, pero pa mirar no tengo otro ojo.

Nemesia Déjame mirar a mí primero, pa que yo te diga si pués tú mirar, porque como es una mujer, a lo mejor... *(Mira por la cerradura de la puerta izquierda.)*

Robustiano ¿Qué ves?

Nemesia Aguarda, que este ojo es corto de vista u está la llave atravesá, porque no veo claro... *(Sigue mirando.)* ¡Calla!

Robustiano ¿Qué?

Nemesia ¡Que veo una presona en pantalones de hombre!

Robustiano Oye tú, no mires.

Nemesia Aguarda, que no sé si es un señorito u una señorita.

Robustiano Tú dime lo que ves, y yo te sacaré de dudas.

Nemesia Veo una presona con pantalones, con el pelo cortao y que fuma en pipa.

Robustiano ¡Pues no mires más, que es más hombre que mi agüelo!

Nemesia Aguarda, que acabo de ver una cosa que m'hace dudar.

Robustiano ¿El qué?

Nemesia Que está de espaldas y se le nota mucho.

Robustiano ¿El qué?

Nemesia El estar de espaldas.

Robustiano Entonces, pué ser una mujer, digámoslo así.

Nemesia No, y es que ahora muchas señoritas durmen *vestías* de hombre.

Robustiano ¿Pa qué?

Nemesia Pa no tener miedo por las noches, digo yo que será. Aguarda, que ya no la veo... ¿Qué hará?... ¿Se estará quitando el pantalón?

Robustiano Yo te lo diré. *(Se pone a mirar él.)*

ESCENA II

Dichos, MARI-SOL, en traje de mañana, muy fresco y sugestivo.

Mari Sol *(Aparece por la primera puerta derecha y los ve mirando.)* Muy buenos días. *(Sonríe.)*

Nemesia / **Robustiano** *(Casi al mismo tiempo.)* ¡Repeiné!... *(Los dos quedan mirándola y riéndose estúpidamente, y, en seguida, simulan que limpian las sillas.)*

Mari Sol ¿Qué hacían ustedes?

Robustiano Pos na... aquí mirando... mirando de quitar una meaja el polvejo...

Mari Sol Sí, sí... ¡Ya he visto que son ustedes muy curiosos!

Nemesia Aseadillos.

Mari Sol ¡No, no; curiosísimos!

Robustiano ¿Qué, la señorita lo ice porque habrá encontrao la cama limpísma?

Mari Sol Como la nieve.

Robustiano *(Aparte a Nemesia.)* (Yo voy a ver si la sonsaco algo.) *(Alto.)* ¿Y qué tal ha dormío la señorita?

Mari Sol Como una euménide. (En seguida me sacáis una palabra.)

Robustiano *(Se miran asombrados.)* ¿No ha extrañao la cama la señorita?

Mari Sol A mí no me extraña nada.

Robustiano No; lo icía, porque como es una cama e matrimonio... cuando s'acuesta uno solo en una cama e matrimonio... pos siempre choca, digámoslo así, y máxime si la señorita es soltera.

Mari Sol Ingrávida.

Nemesia *(Vuelven a mirarse contrariados.)* ¿Y d'aónde venía ahora la señorita, si no es mal preguntao?

Mari Sol Pues de curiosear la casa. A mí siempre me gusta curiosear la casa donde pernocto.

Robustiano *(Aparte a Nemesia.)* (Oye, ¿has oído?) *(Alto.)* ¿Ande pernozta?

Nemesia ¿Y usté ha pernoztao aquí?

Mari Sol ¿No lo han visto?

Robustiano ¡No nos hemos fijao, la verdad!

Nemesia *(Aparte.)* (Hay que ir más al grano.) Güeno, ¿y qué quié desayunar la señorita, si no es mal preguntao?...

Mari Sol Chocolate con picatostes y vaso de leche.

Robustiano Esto lo ha dicho claro.

Mari Sol Pues lo quiero espeso, ya ve usté.

Nemesia ¡Rarezas!

Robustiano ¿Y usté no será parienta e los señores, verdá?

Mari Sol Algo ecuánime.

Nemesia *(Se miran.)* No; éste lo icía porque así, por el parecío, no...

Mari Sol A priori, claro, pero desde luego, ecuánime.

Robustiano ¿Y eso de *ecuánime*, ¿lo es usté del señor u de la señora?

Mari Sol Los dos son equiláteros.

Robustiano ¡Será dende hace ocho días, porque la última vez que estuvieron aquí, no se les notaba náa!

Mari Sol Telepatías.

Robustiano ¿Y eso que habla usté, es francés?

Mari Sol ¡Patuá!

Robustiano Pa muá. *(Aparte a Nemesia.)* (¿Tú has entendío algo?)

Nemesia *(Aparte.)* (¡Nuá!)

Robustiano (¡Cómo muá!)

Mari Sol De modo que hagan el favor de servirme el chocolate y encantada de haber podido satisfacer su curiosidad, digámoslo así.

Robustiano ¡Pues tantísmas gracias!... Y al menos, ¿se pué saber, cómo la llaman a usté?

Mari Sol Según la distancia a que me encuentren: unas veces fuerte y otras flojo...

Robustiano Bueno, de cerca.

Mari Sol De cerca, señorita. Basta con eso. En seguida me vuelvo.

Robustiano *(Aparte a Nemesia.)* (¡Nos ha tomao el pelote!)

Nemesia (¡Pero que a grumos!) *(Alto.)* (Güelvo con el chocolate!

Mari Sol Hasta la vuelta *(Mutis primera derecha.)*

ESCENA III

MARI-SOL. Luego LUIS, por la ventana izquierda.

Mari Sol ¡Sí que me vais a sacar una palabra del cuerpo!... ¡Estáis frescos!... ¡Dios mío, pero qué noche tan intranquila! No he podido pegar los ojos. Yo, desde que soy primera actriz, nunca había representado una comedia en el teatro de la Naturaleza, digámoslo así; pero preocupan mucho más que las del escenario. Sin embargo, nada me importa. ¡Todo, todo por salvar a mi pobre padre y a mis infelices compañeros!... ¡Oh, qué campaña teatral más ruinosa la nuestra! Vinimos a este pueblo, abrimos un abono a

vermouths de moda anunciando el estreno de «La vida es sueño», que aún no la habían hecho aquí... y hacemos... ¡ocho sesenta! Pero don Luis Villafranca, médico del teatro, nos propone a mi padre y a mí, la representación de una farsa fuera de la escena, durante unas cuantas horas, garantizando la ausencia de todo peligro, nos ofrece mil pesetas... ¿y qué hacer, sino aceptar?

Luis — *(Entrando por la ventana.)* ¡Mari Sol!

Mari Sol — *(Sorprendida.)* ¿Don Luis, usted por aquí? ¿No le ha visto nadie entrar?

Luis — Creo que no. ¿Y qué tal ha pasado usted la noche?

Mari Sol — Intranquila, pero bien.

Luis — Deje usted, Mari Sol, que pronto podrá salir de este trance contenta y victoriosa.

Mari Sol — Hable usted sin temor que no le oyen. ¿Y mi pobre padre?

Luis — Pues ahí, en una casita mía, que está en ese pinar, a doscientos metros de esta finca y que se ve desde esta ventana, mire usted.

Mari Sol — Sí, ya, ya...

Luis — Vinimos anoche, alarmadísimos, siguiendo el automóvil de usted, y la hemos pasado con gran intranquilidad; ignorando por qué la traían aquí.

Mari Sol — *(Riendo.)* ¡Claro; ustedes pensarían que me secuestraban!

Luis — ¡No, pero vamos!... Además, está con nosotros Suárez, el apuntador, que no le llega la camisa al cuerpo, por la suerte de su hijo. ¿El niño lo tiene usted aquí?

Mari Sol — No, no... el niño se lo quedaron.

Luis — ¡Caramba, eso es lo grave! ¡No contábamos con esa complicación! ¡Pues es preciso que usted lo reclame!

Mari Sol — ¡Ah!, si yo anoche lo pedía a gritos, como

una madre desolada, pero es que después de mi revelación, lo que se produjo en aquella casa fué una verdadera hecatombe. ¡Don Antonino ocultó al niño, a mí, de rodillas me suplicaron que callase, que por Dios, que el escándalo... que el crédito de una familia honorable, y casi a la fuerza, me metieron en un automóvil y me trajeron aquí, con la promesa formal de que en cuanto amaneciera, vendría el señor Benítez a tratar de la resolución de este gravísimo asunto!... Claro, no pude negarme.

Luis Algo de eso supusimos, naturalmente. Sin duda quieren acallarla a usted con una fuerte indemnización, pero usted ya sabe la consigna. ¡Usted les dice que mientras Medardo no se case, que usted permanecerá callada, pero que el día que trate de casarse, el escándalo será formidable!

Mari Sol Descuide usted.

Luis Con eso garantiza usted la situación de mi novia y yo gano tiempo, y ya veremos...

Mari Sol ¿Está usted satisfecho de nuestra actuación?

Luis ¡Oh, satisfecho, es poco. ¡Entusiasmadísimo! ¡Son ustedes unos actores excelentes!

Mari Sol El único rato malo que pasé, fué cuando tuve que acusar cara a cara al seductor, a aquel pobre joven calvo, tan afligido, que las lágrimas le empañaban las gafas, y que juraba por todos los santos del cielo, que él no había tenido relaciones más que con Platón.

Luis (*Riendo.*) ¿Lloraría amargamente?

Mari Sol ¡Oh!... Pero para mí que le he hecho un favor enorme, porque si se casa con una mujer enamorada de otro, yo creo que no le salva ni Platón.

Luis Es posible. Y por lo demás, si le ofrecen a

usted una indemnización, yo le aconsejo que la tome, Mari-Sol.

Mari Sol ¡Oh!, no, no... No quiero más que lo preciso para salvar a mi padre y a mis compañeros del conflicto económico en que la crisis teatral nos ha puesto; ya se lo dije a usted, don Luis.

Luis Pues es raro que no sienta usted en la interpretación de esta farsa un anhelo más egoísta y rencoroso.

Mari Sol ¿Rencoroso, por qué?

Luis Porque le sobraría a usted razón, si quisiera vengarme un poco, en nombre de todos sus compañeros, de estos graves señores provincianos tan austeros y tan cursis alejados sistemáticamente del teatro como de un lugar pecaminoso, incompatible con la gloria eterna.

Mari Sol Tiene usted razón, pero yo soy más romántica. Creo que representar una farsa para favorecer a dos jóvenes que se aman, es uno de los más nobles empeños de mi arte. ¡Con eso me basta!

Luis ¡Es usted una mujer encantadora!

(Suena la bocina de un automóvil que se acerca.)

Mari Sol Calle usted... *(Se asoman.)*

Luis Don Antonino en su automóvil.

Mari Sol ¿Lo lleva él?

Luis Unas veces lo lleva él y otras se lo llevan dos bueyes: alternan.

Mari Sol Pues vuelvo a mi papel.

Luis Y ya lo sabe. Conformidad, si Medardo no se casa; si se casa, amenaza de escándalo. Eso y recuperar pronto el niño de Suárez es lo que la recomiendo a usted.

Mari Sol Esté tranquilo. Pido al niño, desprecio a Medardo y salimos huyendo.

Luis Y en caso de apuro, agite un pañuelo desde

esa ventana y nos plantamos aquí los tres en dos minutos.

Mari Sol — Descuide, salga con toda precaución.

Luis — Valor y hasta pronto. (*Desaparece por la ventana.*)

ESCENA IV

MARI-SOL, ROBUSTIANO. Luego don ANTONINO.

Mari Sol — Sigamos interpretando el papel con todos los refinamientos. Voy a granjearme definitivamente las simpatías de este señor.

Robustiano — (*Desde fuera.*) ¿Se puede?

Mari Sol — Pase.

Robustiano — Traigo el chocolate.

Mari Sol — Digámoslo así. Déjelo en la mesa.

Robustiano — Y de parte de don Antonino, que acaba e llegar, que si está usté envisible, que pasará a vela.

Mari Sol — Sí, que pase, que pase...

Robustiano — (*Llamando.*) Señor... envisible.

Benitez — (*Desde la puerta.*) ¡Señorita!... ¿Da usted su li li... su li licencia?

Mari Sol — Absoluta. Pase, señor Benítez, pase (*Vase Robustiano.*)

Benitez — (*Más serio que siempre.*) Se... señorita, dispense usted si la llamo, pe... pe... si la llamo... pepe... pepero... la nene... lanene... la nenecesidad de hablarla con urrrr... urrrgencia... me ha... me hace que irrumpa balbal... balbu... balbuciente y acongojado, el sagrado de su habita... de su habitación! (¡Estoy que me ahogo!)

Mari Sol — ¡Por Dios, don Antonino, cálmese y nada de pedir excusas; usted viene a su finca cuando le acomoda!

Benítez ¡Ah, señorita!... Es que desde ayer mi casa es una tragedia. Mi mujer llorando, mi hija llorando, mis doncellas llorando... Yo... (*Hace un puchero.*) ¡Yo también!

Mari Sol ¡Por Dios, don Antonino, tranquilícese!... ¡Y todo por mi culpa!...

Benítez ¡La desgracia de una pobre mujer, lo merece todo!

Mari Sol ¡Ah, señor Benítez, qué bueno es usted! Yo quisiera dar a usted un abrazo de gratitud filial, pero me faltan las fuerzas.

Benítez Dele con las que tenga. (*Le abraza.*)

Mari Sol (*Llorando.*) ¡Ay, don Antonino, hace veinticuatro horas que no he tomado alimento ninguno!

Benítez Como yo; pero al fin usted es una débil mujer. Columbro ahí un chocolate. Aliméntese.

Mari Sol ¡No me es posible!

Benítez Siquiera un picatoste.

Mari Sol ¡No puedo pasar bocado!

Benítez Yo se lo mojaré. (*Se lo moja.*)

Mari Sol Entonces... (*Come la mitad.*) ¡Pero compartal! (*La ofrece la otra mitad.*)

Benítez ¡No!

Mari Sol No me desprecie.

Benítez (*Se lo come. Seriecísimo.*) Está muy rico.

Mari Sol ¿De modo, señor Benítez, que cuando yo salí de su casa, Medardo?...

Benítez Siguió negando obstinadamente.

Mari Sol ¡Infame!

Benítez ¡Insiste en que no la ha visto a usted jamás!

Mari Sol ¡Canalla!...

Benítez Su padre y yo hemos estado luchando con él toda la noche y asegura que cuando estuvo en Madrid a doctorarse, no ha tratado a nadie más que a Platón y a Tertuliano de los antiguos, y de los modernos a Unamuno y a Ortega y Gasset.

Mari Sol Pues bien... (*Fingiendo gran desolación, pero*

con entereza.) nada, señor Benítez, ante tan infame negativa, yo desisto de toda reclamación y me marcho.

Benítez ¡Ah, no, no!

Mari Sol Sí; no he venido yo aquí a sostener una lucha bárbara con la hipocresía de un malvado. (*Llora.*) Yo venía todavía con un residuo de amor en mi pecho a ver si me era posible reconquistar la pasión del hombre que tanto amé.

Benítez ¡Joroba, que me aflijo!

Mari Sol ¿No es posible?... ¡Pues, adiós! (*Muy lastimera.*) ¡Adiós, señor Benítez!... Algo habré ganado en esta dolorosa lucha, si usted, ¡tan bueno!, conserva de mí un recuerdo amable... ¡Si usted, a pesar de verme caída en el fango, no me desprecia del todo!... ¡No me desprecie usted, señor Benítez!

Benítez ¡Joroba, que lloro!... (*Hace unos pucheros raros.*) Mire usted, Mariíta-Sol, yo no puedo volver a un alma un amor perdido, ni puedo hacer noble lo villano, pero usted no se irá de aquí sin una fuerte indemnización que la reponga de los perjuicios!...

Mari Sol (*Con repugnancia.*) ¡Por Dios, don Antonino, no bastardée la pureza de un dolor con la suciedad de las monedas!... Dénme mi hijo, y ¡adiós para siempre!

Benítez ¡Ah, Mariíta-Solecito, usted es un ¡ángel! ¡Déjeme usted que bese su frente con el amor y la efusión que besaría la de mi propia hija! (*Le da cuatro o cinco besos como estampidos.*)

Mari Sol ¡Y yo también quiero besarle como a un padre!

Benítez Aguarde. (*Se pasa el pañuelo por la frente.*) Bese.

Mari Sol ¡Oh... gracias, gracias!... ¡Qué consuelo me

dan estos besos... como no tengo a nadie a quien besar...

Benítez Pues quédese a vivir aquí y siempre que quiera...

Mari Sol ¡Ah, qué bueno es usted!...

Benítez ¡Y si viera usted, Marujita, volviendo a nuestro tema, ese granuja de Medardo cómo me ha engañado!

Mari Sol ¡Como a mí!...

Benítez. Exactamente... igual, no... pero vamos, me ha engañado. ¡El canalla!... ¡Oh!... ¡Qué formalito era de niño!... Yo no he visto a una criatura más seria... ¡Mamaba con gafas!... ¡No le digo a usted más! Luego, de mocito, en una ocasión le llevé a Madrid y para probar su seriedad nos marchábamos todas las tardes al tubo de la risa, donde antiguamente devolvían el dinero al que no se riera. Pues bien; tres tardes fuimos y las tres nos lo devolvieron, hasta que a la cuarta, el hombre de tubo le dijo al de los billetes: —¡Ese pollo de las gafas y el tío de la bimba, si quieren entrar que entren, pero fuera de concurso! Habíamos *vencido.*

Mari Sol. ¡Pues si hubiese usted visto conmigo qué carcajadas!

Benítez. ¿Pero sabe darlas?

Mari Sol. ¡Desde la estentórea a la histérica... las domina todas! ¡Si hubiese usted visto cuando yo le gastaba una broma cómo se revolcaba de risa gritando: ¡Ay, Sol, qué sombra tienes!...

Benítez. ¡Qué horror!

Mari Sol. *(Con abatimiento.)* ¡Así es de hipócrita!, ¡y así ha destruído mi corazón!... ¡Y ahora, adiós para siempre, señor Benítez!... Una sola cosa le pido... ¡Que no consienta usted que ese malvado se case con su hija!

Benítez. ¡Descuide, hija mía, descuide!... Y yo a mi

vez, también he de pedirla un favor.

Mari Sol. Dígame.

Benítez. ¡Que ha de jurarme, pase lo que pase, que no se pegará el tiro proyectado!

Mari Sol. ¡Ah, ese juramento no me lo exija usted!

Benítez. ¡Sí!

Mari Sol. ¡No!

Benítez. Sí. Piense, hija mía, que usted se pega un tiro, ¿y dónde se lo pegará que no se deteriore un objeto de arte?

Mari Sol. ¡Ah, don Antonino, une usted lo compasivo a lo galante!

Benítez. Pues en treinta años de matrimonio, esta es la primera galantería que dirijo a una mujer, salvo las rituales consagradas a mi Cenobia todos los años el día de su fiesta onomástica. ¡Que los tengas muy felices! ¡De salud sirva!... Y tú primero... (Esto último se lo suelo decir en los pasillos.)

Mari Sol. Pues adiós por última vez, don Antonino. Y que me traigan a mi hijo, que la hora de partir se acerca. (*Suena lejos una bocina de automóvil.*)

Benítez. ¡Calle!... Una bocina de automóvil. ¿Quién será? (*Se asoma.*)

Mari Sol. (*Muy apurada.*) ¡Dios mío!... ¿Quién es?

Benítez. ¡Es el «auto» de Sisinio!

Mari Sol. ¿Qué dice usted?

Benítez. (*Muy sorprendido.*) ¡Sí, de Sisinio que viene con Medardo!

Mari Sol. ¡Con él!... (¡Ay, ese punto viene a pegarme!)

Benítez. ¡Es extraño! Medardo con su padre ¡y aquí!

Mari Sol. Bueno, yo no quiero verlo. ¡Yo no me presento delante de ese canalla!

Benítez. ¿Por qué?

Mari Sol. ¡Porque le tengo miedo, don Antonino!

Benítez. ¿Miedo de qué?

Mari Sol. No me dejen ustedes sola con él, sé el ge-

nio que tiene y, furioso contra mí, podría en un arrebato...

Benítez. ¿Pero le ha levantado a usted la mano alguna vez?

Mari Sol. No, pero presiento que hoy... (Bueno, este pollo, en cuanto se vea cerca de mí se quita las gafas y se ciega.)

Benítez. ¡Ah, no, no!... ¡Aquí está bajo mi *egida!* Y a la menor agresión dé una voz...

Mari Sol. ¡Sí, pero es que cuando dé la voz, puedo ya tener las narices en el jardín!

Benítez. No tema nada.

Robustiano (*Entrando.*) Don Antonino, don Sisinio que acaba de llegar y quié vele a usté con urgencia.

Mari Sol. Sí, sí... hablen a solas. En esa habitación estoy. Yo no quiero verles a ellos... a usted siempre. ¡Adiós! (*Vase izquierda.*)

Benítez. ¡Dile que pase!...

ESCENA V

BENITEZ, DON SISINIO. Luego MEDARDO

Don Sisinio. (*Aparece desolado primera derecha.*) ¡Benítez! ¡Benítez!

Benítez. Pasa, Sisinio.

Don Sisinio. ¡Ay, Benítez! (*Cae en sus brazos jadeante y sollozando.*) Hemos venido a ochenta y cinco por hora. Comprenderás que tal velocidad obedecería a una causa urgentísima.

Benítez. Así lo imagino. ¿Pero de qué nuevo incidente se trata?

Don Sisinio. ¡Benítez!... ¡Benítez!... ¡Estoy abrumado, avergonzado, afligido! (*Llora abrazado a él.*)

Benítez. Contente, que humedeces. (*Se limpia las solapas.*) ¿Qué ocurre, Sisinio?

Don Sisinio. ¡Ay, qué catástrofe, Benítez!... ¡Ah, qué lu-

dibrio, qué borrón!... ¡No puedo ni hablar!... ¡Lágrimas de vergüenza me ahogan!...

Benitez ¿Pero qué es lo que sucede?

Don Sisinio. Pues lo que sucede es que Medardo... (*Solloza.*)

Benitez. ¿Medardo, qué?

Don Sisinio. ¡Que Medardo, después de una negativa obstinada, al fin, llorando amargamente, me ha confesado que cuanto dijo esa joven era cierto!

Benitez. (*Tambaleándose.*) ¡¡Mi progenitora!!

Don Sisinio. ¡Que él la sedujo, que él ha sido su amante y que ese niño es suyo!

Benitez. ¿Ves lo que yo te decía? ¿Cómo va a tener valor una mujer para hacer afirmaciones tan graves, si no son ciertas?

Don Sisinio. ¡En efecto!

Benitez. Y ahora, después de su confesión, ¿qué intenta ese chico?

Don Sisinio. Pues me ha suplicado que le pongamos frente a ella y que les dejemos solos todo el día.

Benitez. ¿Pero y el niño?

Don Sisinio. No: dice que sin el niño, que lo del niño lo resolverá después. Quiere encerrarse con ella primero.

Benitez ¿Pretende reconciliarse, por lo visto?

Don Sisinio Al menos, él se ha traído una maleta. Se conoce que con intención de no moverse de aquí en quince días.

Benitez Hombre, eso...

Don Sisinio ¡Ah, Benítez!... ¡Qué desdicha!... ¡Todos nuestros planes por el suelo!... ¡Y ahora, tu pobre hija, loca de amor, se meterá en un convento!

Benitez No, mi hija ya sabes que no se mete en nada. nada.

Don Sisinio. ¡Pero la rectitud de tu espíritu reconocerá que yo he de proceder justamente!

Benítez ¡Ah, sí, sí!... ¡Cuando se debe una reparación, se cumple! ¡Lo primero es lo primero! ¿Dónde está Medardo?

Don Sisinio. Abajo aguarda. Avisa a esa señorita. La prepararemos previamente y luego le diremos a él que suba.

Benítez Es lo racional. Voy a llamarla.

Don Sisinio. Al fin, la desdichada, va a tener una inmensa alegría.

Benítez ¡Eso creo! (*Se acerca a la primera izquierda y llama.*) Mari-Sol... Mari-Sol...

ESCENA VI

Dichos, MARI-SOL.

Mari Sol. (*Con cierta escama y mirando a todos lados.*) ¿Señor Benítez?...

Benítez Este señor... don Sisinio.., el padre de Medardo...

Mari Sol. Sí, sí... ya le conozco.

Benitez ¡Desea hablar con usted!

Mari Sol. ¿Conmigo, después de lo ocurrido?

Don Sisinio. Sí, señorita, sí... (*Le tiende la mano.*) ¡Albricias!...

Mari Sol. (*Asustada.*) ¿Albricias de qué?

Don Sisinio. ¡Que venimos a empezar una obra de reparación!

Mari Sol ¿Una obra de qué?

Don Sisinio. ¡De reparación, señorita, por—sépalo al fin,—mi hijo Medardo acaba de confesarme que, efectivamente, él ha sido el que la sedujo a usted!

Mari Sol ¿Eh?

Don Sisinio. Que es cierto que ha tenido con usted seis años de relaciones... y que, efectivamente, el niño es suyo y está dispuesto a reconocerlo.

Mari Sol *(Que ha ido haciendo gestos de espanto, cae al fin en una silla.)* ¡Ay, caballero!

Don Sisinio. ¿Qué?

Mari Sol *(Realmente apurada.)* ¡Que su hijo no ha podido decir eso!

Benítez Se conoce que un ángel le ha tocado en el corazón.

Mari Sol No, perdone usted; si es que le toquen donde le toquen, él no ha podido decir eso... Si yo le conozco..., es decir, si yo no le conozco... es decir...

Don Sisinio. ¿Pero qué la pasa?

Benítez Sin duda la ha trastornado la alegría de la noticia...

Mari Sol *(Pasea agitada.)* (¡Ese pollo quiere devolverme la broma! ¿Qué hago yo?)

Benítez ¡Por Dios, Mariíta-Sol, cálmese!

Don Sisinio. Sí, cálmese, porque mi hijo, arrepentido de su negativa, no espera más que el perdón de usted para echarse a sus pies.

Mari Sol *(Con altivez.)* ¡No, dispense usted, que se eche donde quiera; pero a mis pies, no!

Don Sisinio. ¡Señorita!...

Mari Sol Ustedes comprenderán que yo, a Medardo ya no quiero ni verlo.

Don Sisinio. ¿Cómo que no?

Mari Sol Caballero, su hijo ha negado mi amor, y tamaño desprecio no se borra con un arrepentimiento tardío.

Don Sisinio. Sin embargo, un poco de calma. En asuntos de honra, todos los momentos son buenos para una reparación.

Mari Sol Pero es que yo, antes que vivir con...

Don Sisinio. Un momento. Yo, señorita, soy un hombre de una integridad, sólo superada por Benítez.

Benítez ¡Igualada!

Don Sisinio. Mis proyectos con Medardo, señorita, eran muy otros, pero acepto resignado lo que el

Destino me ofrece, porque yo, señorita, ¡oígalo usted bien!... No haré nunca en esta vida más que lo que deba hacer, y juro a Dios por la pureza de los blasones de mis antepasados, que mi hijo Medardo se casa con usted.

Mari Sol (*Aterrada.*) ¡Quiá, no señor; de ninguna manera!

Don Sisinio. ¡Que mi hijo Medardo se casa con usted o se hunde el mundo!

Mari Sol ¡Por Dios, caballero, si yo no pretendo!...

Don Sisinio. ¡Medardo se casa con usted, reconoce a ese hijo y repara la honra que mancilló o perecemos todos!

Mari Sol ¡Pero si yo no deseo!...

Don Sisinio. ¡O perecemos todos! ¡Yo, en el cumplimiento del deber, soy capaz de llegar a la tragedia!

Benítez ¡Y yo!

Mari Sol Pero, señores...

Don Sisinio Mi apellido tiene un blasón, mi sangre un linaje, mi escudo una divisa. «¡Deberis superomnie!» ¡El deber sobre todo!... ¡y esa divisa no la borra nadie de mi escudo!

Benítez ¡A éste no hay quien le quite la divisa!

Mari Sol (¡Madre mía!)... ¡Pero si es que yo ya no quiero a su hijo de usted!

Don Sisinio Usted se casa con Medardo, y luego, si usted ya no le quiere, le abandona y sigue su suerte; pero la falta queda reparada. Ya he telefoneado al señor obispo para que lo abrevien todo, y ahora mismo vendrá.

Mari Sol ¡El obispo! (¡Santo Dios!... ¿Qué haría yo?)

Don Sisinio Y respecto al niño...

Mari Sol ¡Ah, el niño, pido a ustedes de rodillas, que me lo devuelvan inmediatamente!

Don Sisinio No, perdone usted; ese niño es mi nieto, ha de heredar mi título y ya no lo vuelve usted a ver.

Mari Sol ¿Cómo que no?... (¡Ay, Suárez!) (*Suplicante.*) ¡Pero caballero!...

Don Sisinio Ya no lo vuelve usted a ver, hasta después de casada. Se educará en el Colegio de Ansterbrogen, Baja Naguncia.

Mari Sol ¿Y dónde está eso?

Benítez No se puede ir en autobús.

Mari Sol ¿Pero separarme violentamente de mi hijo?

Don Sisinio Allí se han educado todos los Regúlez del Palmeral, y allí se educará él.

Benítez La llamará a usted mamá en cinco idiomas. ¡Verá usted qué educación?

Mari Sol ¡Pero comprenda usted!...

Don Sisinio Es inútil todo reparo. Ya está camino de Alemania.

Mari Sol (¡Que veo a Suárez en Berlín!)

Don Sisinio Tengo trazada mi línea de conducta.

Mari Sol ¡Pero, señor Benítez!

Benítez La tiene trazada.

Don Sisinio ¿Usted no ha venido a pedir reparación? Pues será reparada.

Mari Sol ¡Pero repare usted!...

Benítez No repara en nada, cuando repara. Es como yo.

Don Sisinio ¡Medardo... Medardo, hijo mío!... (*Llama primera derecha.*)

ESCENA VII

Dichos y MEDARDO.

Medardo (*Apareciendo; con voz fingidamente quejumbrosa.*) Papá...

Don Sisinio Ahí tienes a tu víctima. Pídela perdón.

Medardo (*Implorante.*) ¡Mari-Sol!

Don Sisinio (*En un ademán altivo.*) ¡De rodillas!

Medardo *(Cae de rodillas.)* Sí, amor mío, sí. ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Yo confieso que fuí tu seductor! *(Trata de acercarse de rodillas y cogerla la mano.)*

Mari Sol *(Huyendo.)* Bueno; pero no te acerques a mí... *(Aparte.)* (¿Qué se traerá este pollo?)

Medardo ¡Sí, sí me acerco, me acerco porque quiero, delante de mi papá y de este amigo, decirte cuánto te amo! *(La coge la mano y la besa efusivamente.)*

Mari Sol ¡Ah no, no!...

Medardo *(Sin soltarla.)* ¡Sí, sí! *(La besa con más efusión brazo y todo.)* ¡Decirte cuánto es mi arrepentimiento por haber negado un amor, que fué durante seis años y pico, mi felicidad!

Mari Sol ¡Que sueltes, que me dejes!... *(Luchan.)*

Medardo ¡Ah, no, no!... ¡Quiero que vean, mi papá y este amigo... que estoy loco por tí!... ¡Dame un abrazo!... (¡Qué guapa es!)

Mari Sol ¡De ninguna manera! *(Huye.)*

Benítez Bueno, papá no sé lo que hará, pero este amigo se elimina.

Medardo No, no se vaya usted, que quiero que vea...

Benítez Que lo vea tu papá, yo me evado.

Medardo ¡Papá, dígale usted que me dé un abrazo! ¡Y que se esté quieta! (¡Qué guapísima!)

Don Sisinio ¡Por Dios, hija!... ¿No lo ves llorar?... ¡Perdónale!

Mari Sol (¡Este canalla, cómo se aprovecha!)

Benítez Bueno, nosotros nos vamos.

Don Sisinio Dejémoslos solos. Ella en nuestra presencia tiene cierto reparo...

Benítez Pues adiós, y tú, Medardito, no olvides la divisa de tu blasón: *Deberis super omnie.* El deberis, ya lo sabes, y como la mujer es super, el omnie, tú verás cómo te las arreglas. El sic ceteris, amén. *(Vanse primera izquierda.)*

ESCENA VIII

MARI-SOL y MEDARDO.

Mari Sol Bueno, usted ha estado abusando de una manera indigna, caballero...

Medardo *(Sonriendo.)* Señorita, perdone usted; pero una mujer con la que tengo seis años de relaciones, y además un hijo... yo no creo que unos cuantos abrazos...

Mari Sol ¡Ah, caballero!... He mentido, sí; he mentido; pero, ¡compadézcame usted!

Medardo Bueno; usted no me ha visto a mí en su vida, ¿verdad?

Mari Sol No, señor.

Medardo Entonces, ¿sería mucho suplicarla que tuviese la bondad de decirme por qué me ha acusado de seducción?

Mari Sol ¡Ah, caballero! (¡Qué le digo yo!) Usted comprenderá que para que una mujer cometa una infamia de esa naturaleza, con un joven tan estuporizante, hubiese podido tener un

Medardo ¡Ah!... (Va hacia ella.)

Mari Sol ¡Cálmese!... ¡Las causas han de radicar en un horrendo misterio! *(Llora.)*

Medardo ¡Caracoles!... Bueno, no llore y tenga la bondad de explicarme de una vez...

Mari Sol Sí, señor; es muy justo. (¿Qué le digo?) Va usted a saberlo todo. (¿Qué le digo yo?)

Medardo ¡Venga!

Mari Sol Mire usted, joven. Mi verdadero seductor es... (¿Qué le digo yo?) ¡Oh, no sé si debo revelar su nombre!...

Medardo ¡Tenga confianza!

Mari Sol Se trata de una personalidad tan ilustre..., ¡que no, no, no!... ¡Máteme usted; pero yo no puedo revelar su nombre!... ¡Bastará que

le diga a usted que ha vivido diez y seis años en Palencia!

Medardo (*Asombrado.*) ¿En Palencia?...

Mari Sol ¿Comprende usted ahora por qué he tenido que mentir?

Medardo No, señora; la verdad, no lo comprendo...; pero vamos... Es lo mismo. No olvidemos las palabras del filósofo irlandés Oconorskey: ¡A lo hecho pecho! Conque pecho al agua; y dispóngase, mi bellísima amiga, a oir a su vez de este servidor, una revelación sincera, sensacional y emocionante.

Mari Sol ¿A ver?

Medardo Señorita, yo no había amado nunca a ninguna mujer.

Mari Sol ¿Pero no tenía usted novia?

Medardo Sí; pero como era una novia formal...

Mari Sol Claro, ¿no la amaba usted?

Medardo Lo poquito que hace falta para casarse; pero amor, lo que se dice amor, ese amor que describe Ovidio, *Amoris lux eter nitatis super máxime vite*... eso no; ese no lo he conocido hasta ayer tarde.

Mari Sol ¿Hasta ayer tarde?... ¿Y cómo?

Medardo Oígame y compadézcame. La declaración de usted, de que yo la había seducido, en los primeros momentos me produjo el estupor de que nos habla Sócrates en su epístola a Suetonio; pero luego, cuando me quedé a solas, desvelado y lloroso, en mi cama fría y solitaria... *Camastriz solitarium aburrición*..., y empecé a pensar en la dicha de que fuera cierto que usted, ¡tan bella, tan atractiva, tan estuporizante, hubiese podido tener un hijo ¡conmigo!..., y soñé que sus dedos marfileños mariposeaban, acariciándolas, por mis mejillas, y aunque no era cierto, dije que sí, que yo era su seductor, que me trajesen a su lado... y lo dije para caer de rodillas a sus

pies y gritarla: «¡Mari-Sol!... ¡Yo te amo! ¡Tú tienes la culpa! ¡Un sentimiento fulminante, arrollador, que no puedo ya detener, ha invadido mi alma! Sigue diciendo que el chico es mío, yo reconozco al chico, reconozco que soy un animal, y reconozco lo que sea, pero ámame. ¡Amame! *(Con ansiedad.)* ¿Qué me contestas?

Mari Sol Pues... usted comprenderá, joven, que en mi situación, cierta clase de proposiciones, por muy honrosas que sean, han de ser meditadas.

Medardo Es muy justo.

Mari Sol Déjeme sola siquiera diez minutos. Su papá y el señor Benítez están paseando en la huerta. Vaya usted a paseo con ellos, yo meditaré y luego...

Medardo ¡Es muy justo!... Pero al meditar no olvide que la hoguera de mi corazón, encendida por usted...

Mari Sol ¡Sí, hogueris corazonis es una latis!... No me diga usted más.

Medardo Dentro de diez minutos volveré anhelante... Ahora...

Mari Sol ¡A paseo! *(Vase Medardo primera derecha.)*

ESCENA IX

MARI-SOL. Luego LUIS. Luego DON ARGIMIRO y SUAREZ, por la ventana

Mari Sol ¡Dios mío, esta nueva complicación me faltaba!... Yo agito el pañuelo. *(Lo agita.)* Sí; es preciso que venga don Luis, que venga mi padre, que venga Suárez... ¡Que le salven! ¡Que sepan que se van a llevar al niño... la confesión de este bárbaro, la amenaza de su padre de casarme a la fuerza! Que sepan que

va a venir hasta el obispo... ¿Me habrán visto? *(Mira.)* Sí... ya vienen ocultándose entre los árboles. Bueno, ¡la sorpresa que se van a llevar a ser horrorosa!... Yo creo que lo mejor es huir de aquí... Pero, ¿y el chico? ¿Cómo nos lo dejamos?... Nada, nada, es preciso que lo sepan todo, que determinen. ¡Ya están aquí!

Luis *(Asomándose.)* ¿Podemos entrar?

Mari Sol Sí. No hay nadie. *(Saltan los tres.)*

Don Argimiro *(Abrazándola.)* ¡Hija mía, hija de mi alma!... ¡Cómo anhelaba verte! ¿Te han dado ya la indemnización ofrecida?

Mari Sol Todavía no, papaíto.

Don Argimiro ¡Ah, pues no pierdas tiempo, no nos vayan a quitar el Calderón, de Valladolid, y nos quedemos sin hacer las ferias!

Mari So. Bueno; pero por Dios, papá, no te ocupes de eso ahora, que antes hemos de resolver una complicación gravísima que ha surgido aquí.

Luis Me lo figuré, en cuanto la ví a usted agitar el pañuelo.

Suárez ¿Pero qué pasa, qué pasa, qué pasa?...

Mari Sol Pasa, ¡lo más terrible que pueden ustedes imaginarse!

Luis ¿Pero qué es?

Mari Sol Pues nada menos que el don Medardo ese le ha dicho a su papá que, efectivamente, es mi seductor.

Don Argimiro ¡Atiza!

Luis Pero ese bruto, ¿por qué ha dicho eso el muy embustero?

Mari Sol ¡Porque acaba de confesarme que se ha enamorado de mí de un modo fulminante!

Don Argimiro ¡Mi abuela... que en paz descanse!... ¿Pero es posible?

Mari S l Y el padre, al conocer la confesión, me ha dicho que no me voy de aquí hasta que me case con su hijo, por una cosa en latín, que tiene en el escudo.

Don Argimiro ¡Aunque la tuviera en griego! ¡Tú no te casas con ese trasto!

Mari Sol Es que va a venir hasta el Obispo, papá.

Don Argimiro Ni que viniera Pío undécimo, ni Pío dos décimos. A mí no me disuelven la compañía. Si tú te casas, ¿quién me hace a mí «La tonta del bote»?... ¡Ah, no, eso no, a mí no me abollan el repertorio!

Luis ¡Ay, Mari-Sol, qué complicación!

Mari Sol Pues para colmo de desdichas, sepan ustedes que han cogido al niño de Suárez...

Suárez ¿Y qué han hecho con mi niño?

Mari Sol Pues que a estas horas está...

Suárez ¿Con el Patriarca de las Indias?

Mari Sol ¡Peor!... ¡Camino de Alemania!

Suárez ¡Mi madre!

Luis ¡Su hijo!

Suárez ¡Mi hijo en Alemania!... ¡Mi madre... en Albacete!... ¿Qué hago yo solo en el mundo?

Don Argimiro ¿Y para qué se han llevado al niño tan lejos?

Mari Sol ¡Para educarlo!

Suárez ¡Pero si a mi niño no hay quien lo eduque!... ¡Si lo sabré yo!... ¡Gracias que le conozco y no se lo llevan!... ¡En cuanto pueda se escapa y vuelve a mis brazos! ¡Ya lo verán ustedes!

Don Argimiro Y tú, te vienes en seguida con nosotros, no tengan otra cosa en latín en cualquier otra parte, y te encierran en un convento.

Luis ¡Calma, calma, por Dios, no se precipiten ustedes!

Mari Sol ¿Pero ve usted, cómo la farsa no era tan sencilla, don Luis?

Luis Porque nos la ha complicado ese idiota. Pero, por Dios, nada de pensar en irse huyendo ni de producir un escándalo. No olviden que se ha calumniado a un joven de seductor, y esta gente podría ir a los Tribunales, y lo-

dos tenemos algo de culpa; yo, por inductor; ustedes, por ejecutores...

Mari Sol ¿Y qué hacemos?

Luis Pues a grandes males, grandes remedios. De esto sólo podemos salir con un golpe de audacia.

Los tres ¿Cuál?

Luis *(A Mari-Sol.)* Usted llama ahora mismo al señor Benítez, y le dice que usted no se puede casar de ninguna manera con Medardo; y cuando le pregunte por qué, usted lo insinúa de un modo indirecto y sugestivo, que porque a usted le han gustado siempre las personas formales y se ha enamorado de él apasionadamente.

Don Argimiro ¡¡Mi abuela!!

Mari Sol Pero eso..., ¡por Dios, don Luis!...

Luis No hay otro remedio. Le añade usted que le entreguen el niño y que le facilite los medios de huir a Burgos, donde le esperará usted escondida en un hotel para demostrarle toda la pasión que le guarda... ¿Comprende?

Mari Sol Sí, sí..., cualquier cosa para salir de este trance de un modo rápido.

Suárez Bueno; pero, digo yo, ¿y si el señor Benítez acepta lo del cariño de Marujita, pero se niega a lo de Burgos, qué hacemos?

Don Argimiro Es verdad, ¿qué hacemos?

Mari Sol Eso, ¿qué hacemos?

Luis Pues entonces no hay más remedio que apelar a un recurso trágico y darles un susto que huyan como liebres.

Mari Sol ¿Pero qué recurso es ése?

Luis Ya lo sabrán. Usted me obedece. Nosotros, en el jardín estamos ocultos... Una seña, si Benítez se niega a lo de Burgos, y lo demás corre de mi cuenta. *(Suenan unos golpes discretos en la puerta.)*

Mari Sol Pronto, pronto, que llaman.

Benítez *(Dentro.)* Mari-Solecito...

Mari Sol ¡Y es el señor Benítez!

Luis Pues abajo estamos... Una voz, una seña...

Mari Sol Entendido.

(Mutis segunda derecha.)

Benítez *(Dentro.)* Marita-Sol...

ESCENA X

MARI-SOL, BENITEZ.

Mari Sol *(Abriendo.)* ¡Señor Benítez!

Benítez Perdone usted, pero la impaciencia de Medardo, por conocer su resolución, me obliga a reimportunarla.

Mari Sol ¡No, por Dios; no me reimportuna! ¡Tengo siempre tanto gusto en departir con usted!...

Benítez Yo también departo... con el mismo placer.

Mari Sol Pues pase y siéntese a mi lado. *(Lo sienta a su lado sin soltarle la mano.)* ¡Me consuela tanto su generosa compañía!...

Benítez Señorita...no se vaya, que hay sitio.

Mari Sol ¿Quiere usted que cerremos?

Benítez Bien.

Mari Sol *(Lo lleva de la mano y cierran. Vuelven al sofá y se sientan.)* ¡Ay, pero por Dios, perdone usted!... ¡Se me ha olvidado soltarle!...

Benítez Está usted autorizada para toda clase de distracciones.

Mari Sol Gracias, gracias... *(Sigue jugueteando con la mano de Benítez.)*

Benítez ¿De modo que la resolución de usted, en lo que se refiere a Medardo?...

Mari Sol Es irrevocable. Al negar mi amor, lo ha perdido para siempre. Ya no le amo, don Antonino.

Benítez Pero Mari-Sol, a la edad de usted, ¿cómo vivir con el corazón vacío?

Mari Sol *(Con rubor.)* Es que mi corazón ya no se va vacío de este pueblo.

Benítez ¿Eh?... *(Ella le suelta la mano ante su sorpresa.)* Jueguetée, juguetée. ¿Cómo que no se va vacío de este pueblo?

Mari Sol No se va vacío, porque al venir, perdí el cariño de Medardo, pero al irme, me llevo un afecto más serio, más profundo, más noble.

Benítez No adivino...

Mari Sol ¿No adivina usted?... *(Pausa.)* Don Antonino... *(Muy insinuante)* ...yo nunca había conocido un hombre tan bueno, tan bondadoso como usted!... ¡que me aconsejara, que me consolara, que me besara como... como un padre; por eso digo, —perdone usted—, que me llevo un cariño hondo y perdurable, y cuando esté lejos de aquí, triste y sola, todos los días en mi dolor tendré para usted un recuerdo apasionado y dulce!...

Benítez *(Entre asombro y emoción.)* ¡Mariíta-Sol!...

Mari Sol ¡Sí, apasionado y dulce! Y hecha mi revelación... *(Se levanta.)* ¡Adiós para siempre!

Benítez *(Cogiéndola de la mano.)* ¿Adónde va usted?

Mari Sol Señor, no lo sé... *(Baja la cabeza con rubor.)*

Benítez Pero escucha un momento. ¿De modo que... us..., que tú?... Perdona que el tú me haya salido aflautado, pero la emoción... ¿De modo que tú sientes por mí?...

Mari Sol *(Sentándose ruborosa con la cabeza entre las manos.)* ¡Sí... Antonino!...

Benítez ¡Ay, Antonino! *(Se levanta y pasea agitado.)* ¡Ay, qué Antonino más revelador!... ¡Ay, que ese Antonino me ha producido una sensación interior, que me sojuzga, que me desintegra... que me produce un cataclismo interno!... Que yo ya no soy yo..., que puedo y no debo, que debo y no quiero..., que quiero... y no quisie-

ra... ¡y siento algo que me impele y algo me retiene!... ¡Oh, qué lucha! ¡Ven! *(La atrae.)* ¡Vete!... *(La rechaza.)* ¡No te vayas!... ¡Cógeme, que me derrumbo!...

Mari Sol ¡Antonino!... ¡Yo también estoy que me muero!

Benítez *(La abraza.)* ¡Pues que nos entierren juntos! *(Lloran emocionados.)*

Mari Sol ¡Antonino no apriete que abruma!

Benítez *(Más serio que nunca.)* ¡Oh, qué alegría me da tu cariño!...

Mari Sol ¡¡Ah!!... ¡Cómo me gusta verle alegre!... ¡Pero, en fin, terminen nuestras locuras! Volvamos a la realidad. Yo me voy.

Benítez ¡Ah, no!

Mari Sol Sí, no tengo derecho a perturbar su vida. Con la honestidad y la rectitud de usted, estoy segura que en lós treinta años de matrimonio, ni el más leve desliz..., porque usted no habrá tenido nunca un desliz, ¿verdad?

Benítez No; pero vamos, una vez vino un registrador de la Propiedad, casado con una malagueña...

Mari Sol ¿Y aquella malagueña?...

Benítez Los primeros jipíos nada más.

Mari Sol *(Como celosa.)* ¿De veras?

Benítez ¡Nadie como tú me ha interesado en este mundo, Marujita, astro rey!

Mari Sol ¡Oy, astro rey, qué chiste!

Benítez ¡Vuelvo a estar jovial!

Mari Sol Oiga usted, don Antonino, ¿y si está usted jovial, por qué no se ríe?

Benítez Porque no sé; yo no me he reído nunca.

Mari Sol Esa seriedad es tan imponente... ¡Me daría a mí una confianza tan grande verle reir!...

Benítez ¡Pero si es que no sé!

Mari Sol ¿No se ha reído en su vida?

Benítez ¡Ni con Charlot!

Mari Sol Pues cuando le cae en gracia una cosa, ¿qué hace?

Benítez Mirar al cielo y decir: ¡«Qué tontería»!... lo que hacen las personas serias.

Mari Sol Pues yo quiero... yo quiero enseñarle... ¡a reir!... Ríase, Antonino, que yo le vea reir.

Benítez A ver si puedo... Si pudiera, con mucho gusto, pero no sé si sabré...

Mari Sol Mire, se ríe así... *(Ríe ella.)* ¡Ja, ja, ja!... ¿Se ha fijado?... Ríase usted ahora, a ver.

Benítez *(Hace una risa convulsiva, pero la cara continúa rígida y seria.)* ¿Una cosa así? ¡Ja, ja, ja, ja!... ¡Ja, ja!

Mari Sol No, hombre, no, que eso es para asustar a rro bronquial.

Benítez ¿A ver si es así?... *(Con otro gesto, pero serio también.)* ¡Je, je!... ¡Je, je!... ¡Je, je!...

Mari Sol No, hombre, no, que eso es para asustar a un chico... Mire, para reirse, tiene que desarrugar el entrecejo, darle blandura a la cara, ensanchar los carrillos *(Se lo va practicando todo.)* Dilatar los labios... que le tiemble la barbilla... Ríase ahora, que yo le ayudaré.

Benítez *(Intenta reir, y ella le va moviendo la barbilla.)* ¡Ja, ja, ja, ja!...

Mari Sol No, es eso... no es eso...

Benítez No será ésto, pero insiste en lo de la barbilla, que yo le cogeré... insiste... insiste...

Mari Sol ¡Qué torpe, Dios mío!

Benítez Pues dime una cosa graciosa, a ver si rompo de una vez.

Mari Sol ¡Sinvergonzón!

Benítez *(Rompiendo a reir ya alegremente.)* ¡Ja, ja, ja, ja!

Mari Sol ¡Si va usted a ser más gitano y más salao que el Niño de la Palma!

Benítez *(Muerto de risa.)* ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Ay el Niño

de la Palma!... ¡Ya la he cogido!... ¡Qué facilísimo!... ¡Ja, ja, ja, ja!

Mari Sol Así es como me gusta usted más... ¡Alegre, risueño, estrepitoso!

Benítez ¡Pues ven que te dé un beso, anda!

Mari Sol ¡Si es paternal, bueno!

Benítez *(Riendo alegremente y dando saltitos.)* ¡Paternal, no!... ¡Paternal, no! *(La persigue, ella huye, y al fin caen sentados en el sofá, y la da un beso, y ella a él una bofetada que le deja otra vez más serio que un ajo.)*

Mari Sol ¿Pero no te ríes?

Benítez ¡Se me ha olvidado! Ha sido una bofetada para perder la memoria.

Mari Sol Bueno, Antonino, y ahora tracemos nuestro plan futuro.

Benítez ¡Sí, anda con el plan!... Venga plan... Debes tú hacer cada plan...

Mari Sol Mira, yo quiero, ante todo, que me entreguen a mi hijo y que me facilites los medios para huir a Burgos... Tengo miedo a mi padre. Sé que me anda buscando. Es una fiera, y si me encuentra me mataría.

Benítez ¡Recuerno!

Mari Sol De modo que en Burgos te espero escondidita en un hotel, y cuando vengas...

Benítez Sí; pero en Burgos, no, que me conoce el deán...

Mari Sol Pues vamos a León.

Benítez ¡El arzobispo es un primo segundo de mi madre! ¡Lo mejor es que yo te oculte aquí!... Tengo yo una casita escondida..., y respecto a tu hijo, le metemos en un un colegio gratuito..., y una vez solos...

Mari Sol (¡Se niega!... ¡Yo les aviso.) *(Hace con disimulo una seña por la ventana.)*

Benítez ¡Pero siéntate a mi lado!

Mari Sol Y aquí, ¿dónde dice usted que me podría ocultar?

Benitez ¡Oh, en un nidito que tengo muy escondido! ¡Como soy una persona tan seria..., tengo los nidos subterráneos!... ¡Hay que estar en todo!...

ESCENA XI

Dichos, DON ARGIMIRO. Luego SUAREZ y LUIS, en la ventana. MEDARDO, DON SISINIO en la puerta.

Don Argimiro *(Saltando por la ventana, descompuesto, con el pelo en desorden. Muy trágico.)* ¡¡Oh, por fin... dí contigo, hija infame!!...

Mari Sol ¡¡Mi padre!! ¡¡Cielos!!

Don Argimiro ¡Sí..., tu padre, que viene a vengar su honra ultrajada!

Mari Sol ¡Por Dios, papá!... ¡Perdón, perdón! *(De rodillas.)*

Don Argimiro ¡Al fin te encuentro, hija maldita!... ¡¡Y en brazos de tu seductor!!

Benitez ¡Cálmese caballero, que padece un error!

Don Argimiro ¡Te voy a matar ahora mismo! *(Saca una pistola.)*

Mari Sol ¡No, papá!

Benitez No, caballero... ¡Conténgase! ¡Ay, que desarmen a ese anciano! *(Luchan.)*

Don Argimiro ¡Muere, miserable! *(Luchan, forcejean, se escapa el tiro y don Argimiro cae al suelo con las manos en el pecho. Con ronco acento.)* ¡Me ha matado! *(Cae.)*

Mari Sol ¡Mi padre muerto!... ¡Socorro! ¡Auxilio!... *(Aparecen todos por las puertas.)*

Todos ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

Don Argimiro *(Agonizante.)* ¡Ese, ese que me ha asesinado, es el seductor de mi hija!

Don Sisinio ¡¡Tú!!

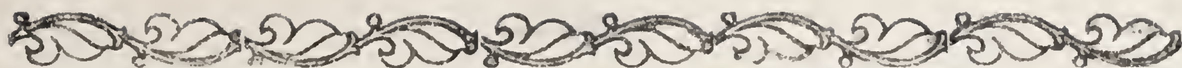
Benitez *(Loco.)* ¡Oh, le he matado!!... ¡yo homicida!... ¡yo seductor!... ¡Mi honra...; ¡mi prestigio! ¡Todo perdido!... ¡Yo huyo!...

Niño *(Saliendo por la ventana, ayudado de Luis.)* Tío, tío...

Benitez ¡Atar a ese niño!...

Niño No corras tío, no corras tío...—*Telón.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero.—Empieza la acción al filo de la madrugada, todavía de noche.

ESCENA PRIMERA

(La habitación a oscuras. Dentro suenan las cinco y media en una torre, y por la puerta primera izquierda sale cautelosamente JOVITA, muy ligera de ropa, envuelta en un salto de cama, con chinelas; y, a tientas, enciende la luz de una lámpara de pantalla roja, que iluminará débilmente el despacho.

Jovita. *(Que sin duda ha oído al sereno.)* ¡Las cinco y media todavía!... ¡Qué noche tan larga y espantosa!... Se me ha hecho una eternidad. *(Asustada, atendiendo).* ¿Eh?... Me pareció oir... pero no, es mi sobresalto. Dios quiera que no me hayan oído. ¡Ay, porque yo no puedo más! ¡Tengo una ansiedad de muerte!... ¡Dios mío! Pero, ¿qué farsa habrá maquinado ese Luis, que papá vino ayer a mediodía, lívido, tembloroso, con los ojos ex-

traviados de terror y con una ansiedad y una angustia, que todavía le duran, y que no puede disimular por más que hace? Bueno, este Luis va a evitar que yo me case con Medardo, pero me deja huérfana; porque el estado de papá es horrible. ¡Cómo vendría ayer de nervioso, que cuando llegó al perchero, colgó el gabán en la doncella y quería meter a la doncella en la bastonera! Ha pasado la tarde escribiendo, y anochecido se acostó con fiebre y no hacía más que repetirme, en voz queda.—Oye, hija, si viene alguno de policía a buscarme, decidle que estoy en Masachusets.—¿Por qué habrá escogido ese sitio tan raro?... Sin duda para despistar.—Mamá, claro, llorosa, relaciona el disgusto de Medardo, con el estado de papá, y no hace más que interrogarle, pero papá se limita a responder: —«Cenobia, no me interrogues, que hay censura», y se tapa cabeza y todo. Yo, naturalmente, en esta situación necesitaba saber qué le había ocurrido a mi pobre padre, y anoche a las nueve telefoneé a Luis, y su respuesta me dejó todavía más confundida que antes, porque se limitó a decirme: —«No te alarmes; así que amanezca irá a tu casa un tal don Argimiro, y en cuanto tu padre le vea, se tranquilizará cumplidamente. Todo esto son consecuencias imprevistas de una farsa que era precisa para nuestra felicidad. ¡No te inquietes!, y cortó».—Y yo, claro, tengo una inquietud que estoy deseando que amanezca del todo, para ver si viene ese señor don Argimiro, que no sé quien es, y tranquiliza a mi padre, que si no, acaba en Ciempozuelos... *(Atiende.)* ¡Calle, oigo ruido!... ¿Quién será?... Me ocultaré. *(Se oculta, segunda izquierda. Después de apagar la luz.)*

ESCENA II

BENITEZ.

Benítez *(Vistiendo pijama claro y pantuflas, sale por la primera izquierda. Anda cautelosamente, mira con ojos extraviados y habla en voz baja y entrecortada, como huyendo de un fantasma que le persigue.)* ¡No, no... déjame, visión, déjame!... ¡Déjame, visión aterradora... no me persigas!... ¡¡Ah!! *(Tanteando en la pared.)* ¿Dónde estará el enchu... chu... enchufe?... ¡Aquí!... *(Quiere encender, y el temblor no le deja.)* ¡Pero no puedo enchucho... enchuchufar, de temblor!... ¡Encenderé la luz! *(La enciende por la llave. Fuera, aunque lentamente, va haciéndose más claro cada vez.)* ¡Al fin!... ¡¡Oh, la oscuridad me aterra!! Y es que llevo el horror metido en el alma... Cierro los ojos, y en el fondo negro de mis pupilas, surge la visión siniestra y agonizante de aquel señor de barba, tendido a mis pies, señalándome con el dedo... no recuerdo cuál... y gritándome en voz baja y un tanto agónica... «Ese, ese que me ha asesinado es el seductor de mi hija». ¡Se retorció, se estiró, enmudeció y sucumbió!... ¡Ah!... ¡Yo el seductor de su hija!... ¡Oh, no, no; aquél cadáver no sabía lo que se decía!... ¡Yo voy a volverme loco!... Y a todo esto, tengo que disimular ante mi pobre Cenobia, que está angustiadísima. ¡Qué noche he pasado!... Si habré dado vueltas en la cama, que a última hora mi mujer me decía entre sueños.—«Oye, Benítez, toma los quince céntimos y bájate del Tío Vivo, que te vas a marear»... ¡Infeliz!... *(Casi llorando)* ¡Si ella su-

piera!... ¡Pero ánimo! *(Muy dramático)* La he dejado un poco traspuesta y voy a aprovechar este momento, para pegarme... *(Se detiene aterrado y cobrando un nuevo brío, prosigue valeroso.)* ¡Sí, sí, no vaciles, Benítez!... ¡Para pegarme un tiro en cada sien!... Lo he pensado toda la noche y no tengo otro remedio. ¡Un hombre de mi prestigio, culpado de homicida, señalado como seductor... y tal vez, encerrado en una cárcel hedionda!... ¡Ah, no, no! ¡Antes la muerte cien veces! *(Pausa.)* Ya está amaneciendo. *(Abre un poco el stor.)* Voy a darle el adiós a la vida. Allí está el sereno, que va a retirarse, apoyado en el chuzo de honor, que le compramos, entre todos los vecinos, porque mató un gato rabioso. ¡Adiós, Serapio, ya no te veré más! ¡Voy a morir! ¡Sí!... La muerte purifica y eleva, y en cambio, si la gente me creyese un criminal, «Adiós Benítez, adiós prestigio, adiós dignidad, adiós respeto...

Serapio *(Que levanta el stor y saluda.)* Buenos días, señor Benítez.

Benítez *(En el mismo tono en que estaba)* Adiós, Serapio...*(Rectificando en tono afectuoso)* digo, adiós, Serapio... Qué, de retirada, ¿eh?

Serapio Sí, señor, don Antonino, hasta mañana. *(Vase.)*

Benítez *(Llorando la palabra.)* ¡¡Mañana!!... ¡¡Oh!! ¡Quién verá ese mañana! *(Ademán trágico.)* ¡Animo, Benítez!... Aquí está la pistola. *(La saca del bolsillo.)* ¡Su frío me estremece!... Aquí está la carta para el juez con un sello de quince, y aquí la de mi mujer, sin franqueo pero llena de ternura. ¡Ah!... *(La besa, después de pegar el sobre con la lengua. Dirigiéndose al retrato.)* ¡Adiós, Cenobia! Quiero morir ante tu retrato. Perdona si te aguje-

reo la ampliación; pero muriendo frente a tú cartulina adorada, moriré dichoso. *(Ya excitado y tembloroso)* ¿Dónde tengo la sién, que no me acuerdo?... ¡Ah, sí, aquí!... ¡Como he perdido la cabeza!... ¡Animo!... *(Se apunta con un temblor exagerado.)* Bueno, tengo un temblor, que no se sabe si me estoy suicidando ó encendiendo una hornilla, pero no importa. Me afirmaré la muñeca. *(Hace lo que dice.)* ¡A una!... ¡A dos!... *(Hace esfuerzos exagerados como apretando el gatillo.)* ¡Caray, pero esto no detona!... *(Sigue con los esfuerzos.)* Claro, las cosas baratas... Me ha costado nueve pesetas, de segunda mano. *(Mira el interior del cañón, con el ojo guiñado y sopla.)* Voy a ver si ahora dispara... *(Sigue con los esfuerzos, apuntando al techo, apuntando a la pared, apuntando al suelo, pero la pistola sigue sin disparar.)*

ESCENA III

Dicho y DOÑA CENOBIA.

Doña Cenobia *(Sale aterrada, ve los esfuerzos de Benítez y tratando de esquivar el disparo, por si sale, llega hasta él.)* ¡Nino!... ¡Detente! ¿Qué haces?

Benítez *(Asustado al verla.)* ¡¡Oh!!... ¡Ella!

Doña Cenobia ¿Qué ibas a hacer?

Benítez *(Tratando de serenarse, se guarda la pistola apresuradamente.)* No, nada... ¡Oh, nada!... ¡Nada, Cenobia, nada!

Doña Cenobia ¿Qué has guardado en el bolsillo?

Benítez *(Se alisa el pelo, se compone la ropa.)* No, nada, nada... Estate tranquila, no era nada.

Doña Cenobia Sí, era un arma...

Benítez ¡No!

Doña Cenobia Sí... dámela. *(Va a cogérsela del bolsillo.)*

Benítez ¡No! *(Luchan.)*

Doña Cenobia ¡Sí! *(Al fin se apodera de la pistola.)* ¡Mírala! ¿Lo ves, Nino, lo ves?... ¡Una pistola! *(Llorando.)*

Benítez *(Abrumado.)* ¡Cenobia!

Doña Cenobia *(Dándosela)* ¡Tira eso!

Benítez ¡No, no tira!... ¡Digo, sí, tíralo... haz lo que quieras!

Doña Cenobia ¡Ah, Dios mío!... ¿De modo que si tardo un poco más, te hubiese encontrado muerto?

Benítez Sí, pero de cansancio... ¡No sufras, Cenobia, no sufras por mí!

Doña Cenobia ¡Que no sufra!... ¿Lo ves, Nino?... ¡Ves! ¿Ves cómo la tragedia se cernía sobre nosotros?

Benítez Sí, pero yo te juro, Cenobia...

Doña Cenobia *(Le coge la mano y lo zarandea.)* No, no me jures nada. Dime que te ocurre, porque cuando querías matarte... algo trágico y horrible ha pasado por tu vida desde ayer mañana... Lo dicen estos pelos lacios, esta cara lívida, estos brazos lánguidos... No comes, no descansas... y esta noche entre sueños repetías: «¡Moje y comparta!... ¡Moje y comparta!» ¿Qué quiere decir eso? Y agregabas después: «¡Hala, ja, ja!, acelere en la barbilla.» ¿A qué acelerador te referías?... ¿Qué quería decir lo de «¡Hala ja, ja!»... porque tú no eres árabe, ni has estado en Axdir, que yo sepa?

Benítez Nada, Cenobia, incongruencias del sueño.

Doña Cenobia *(Cada vez más exaltada.)* ¡Ah, Nino! Te ruego por última vez que deposites en tu mujer el tremendo secreto que te ha obligado a empuñar una pistola... porque si no me lo confiesas... *(Coge la pistola y se apunta.)* soy capaz de..

Benítez ¡No, Cenobia, por Dios; que me puedes dar a mí de rebote!... Yo te lo confesaré todo.

Doña Cenobia Habla.

Benítez Pues bien, sí... ¡Soy un desdichado, Cenobia! (*Se echa en sus brazos.*)

Doña Cenobia (*Aterrada.*) ¿Qué dices?

Benítez Mi presencia en este mundo os deshonraría ya para siempre.

Doña Cenobia ¿Deshonrarnos?... ¿Acaso has cometido algún acto?...

Benítez Sí, Cenobia, sí; déjame llorar.

Doña Cenobia Llora, Nino, llora cuanto quieras...

Benítez Ven. (*La atrae.*) Siéntate aquí. Voy a confesártelo todo. (*Se sienta.*)

Doña Cenobia (*Dando un grito.*) ¡Ay! (*Se levanta rápida.*)

Benítez ¿Qué ha sido?

Doña Cenobia ¡Un suspiro, y que me he sentado encima de la pistola!

Benítez Pues córrete y oye mi terrible secreto... ¡Cenobia!...

Doña Cenobia (*Con ansiedad.*) ¿Qué?

Benítez ¡Que he matado a un señor de barba!

Doña Cenobia (*Dando un respingo de terror.*) ¡¡Eh!!

Benítez (*Con voz ronca y baja.*) ¡Sí!

Doña Cenobia (*Idem.*) ¿Pero con toda la barba?

Benítez Con toda.

Doña Cenobia ¡Ah!... ¿Y de qué le mataste?

Benítez ¡De un tiro!

Doña Cenobia ¡Oh!... ¡¡Tú matador!!... Detalles... detalles...

Benítez Ya sabes que acordamos, para evitar el escándalo, alojar a la víctima de Medardo en la Solana; pues fuí allí ayer muy temprano, y cuando aquella pobre muchacha estaba en mis brazos, llorando sus penas, de repente entra un señor como una tromba. Ella grita: «¡Mi padre!» Yo grito: «¡Mi madre!»... El grita: «¡Mi hija!»... y con la cara lívida, los dientes apretados, los ojos feroces y empuñando una browing, se dirige a mí diciendo: «Ya dí con el seductor de esta desgracia. Vas a morir». Y cuando yo vi que aquella tromba me apuntaba decidido a mandarme a la tum-

ba, me rehice, le sujeté, le desvié el arma, salió el tiro y el desdichado rodó a mis plantas, cadavérico.

Doña Cenobia ¡Qué espanto! ¡¡Qué tragedia!! ¿Y dónde le diste?

Benítez En un homóplato.

Doña Cenobia ¿Se lo romperías?

Benítez Debí desportillárselo...

Doña Cenobia ¡Oh! ¡Qué desdicha!

Benítez Yo, culpable de homicida, acusado de seductor. ¿Comprendes ahora, Cenobita, por qué quería quitarme la vida?

Doña Cenobia Sí, sí, Benítez; lo comprendo y me lo explico; pero yo soy tu mujer y tengo la obligación de salvarte.

Benítez ¡Ah, qué buena eres! ¿Y qué he de hacer para salvarme?

Doña Cenobia Huir.

Benítez ¿Huir, yo?

Doña Cenobia ¡Sí, tú! Es preciso que huyas al extranjero.

Benítez Pero si no sé por dónde se va.

Doña Cenobia Ya nos enteraremos. El caso es salvar el primer momento y luego, cuando tengamos las suficientes pruebas de tu inocencia, regresas y que te juzguen los hombres.

Benítez Sí, es lo mejor.

Doña Cenobia Voy a arreglarte una maleta con ropas y dinero, y a decir que preparen el «auto».

Benítez Sí, no pierdas tiempo...; pero vuelve en seguida, Ceno de mi alma, que la soledad me espanta.

Doña Cenobia Y ahora, serenidad, disimulo... ¡silencio!

Benítez ¡Sí, silencio!

Doña Cenobia ¡Yo te salvaré! ¡Un beso!

Benítez ¡¡Ah!! No, Ceno; no, Ceno; uno es poco, mil. (*La besa repetidamente. Ella hace mutis, indicándole silencio. Ya solo.*) ¡Sí... la soledad me espanta!... Tengo metida aquí la imagen

de mi víctima, y cuando me quedo solo... parece que la veo señalándome con un dedo cadavérico y rígido... ¡ese es el asesino!...

ESCENA IV

Dicho, JOVITA, por la puerta donde se ocultó.

Jovita. (*Poniéndole la mano en el hombro.*) ¡Papá!...

Benítez (*Que se lleva un susto de muerte.*) ¡¡¡Ah!! (*Cae tembloroso en una silla.*)

Jovita. Pero si soy yo.

Benítez Bueno, hija mía, ha sido un susto como para poner a galope el caballo de Isabel la Católica, ¡qué temblor!

Jovita. ¿Quieres un poco de agua?

Benítez ¿Un poco de agua?... ¡Me das el Guadalquivir y no se me pasa!

Jovita. (*Llorosa.*) ¡Es que estaba escuchando lo que decías a mamá y no he podido contenerme, papaíto!

Benítez ¿Lo has oído todo, hija?

Jovita. Todo. ¡¡Tú, homicida!!

Benítez ¡Yo homicida, hija mía!

Jovita. ¿Pero estás seguro, papá?

Benítez ¡Ojalá no lo estuviera, hija mía! Pero aquel hombre cayó diciendo: ¡Me ha matado... y tenía cara de persona formal!

Jovita. ¿Y cómo se llamaba tu víctima?

Benítez No me lo habían presentado, y después del tiro, quién le pedía la tarjeta... ¡Ah, no me puedo tener!... ¡Me voy cayendo!

Jovita. Pues anda, papaíto, anda a tu cuarto. Descansa unos momentos. Yo voy a ayudar a mamá a hacer la maleta; es preciso que te salvemos. ¡Es necesario que huyas!...

Benítez. Sí, sí...; pero no puedo más... Se me tuerce la boca, se me extravían los ojos, las pier-

nas me flaquean... ¡No sé si podré llegar a la cama!... ¡Ah!... (En voz bajísima.) ¿Qué habrán hecho con el cadáver?... ¡Oh! *(Vase primera izquierda aterrado, dando traspiés.)*

ESCENA V

JOVITA, DON ARGIMIRO.

Jovita. ¡Dios santo, yo estoy loca!... ¿Pero esto será todavía la farsa de Luis o será una espantosa realidad?... Y sea lo que sea, ¿cómo Luis no me lo dice? ¡Yo me muero de zozobra! *(Descorre el stor y entra la luz.)* Ya ha amanecido del todo; ya es día claro y, sin embargo, ese señor que Luis me anunciaba no llega. Yo voy a asomarme a ver. *(Se asoma. Pausa.)* ¡Calle, allí en la esquina está parado un señor de barba! ¿Será él?... Mira insistentemente hacia aquí. Sí, él parece. ¡Ojalá lo sea!... Me ha visto y se acerca... El sin duda.

Don Argimiro *(Desde la calle.)* Vaporosa y matinal señorita...

Jovita. Caballero, ¿le envía a usted, acaso, don Luis de Villafranca?

Don Argimiro El mismo, temblorosa joven.

Jovita. ¿Entonces, usted es don Argimiro?

Don Argimiro Me cabe esa fortuna. Argimiro Encinas del Monte, no tengo tarjetas; pero con que se acuerde usted del Pardo, basta.

Jovita. Luis me anunció la visita de usted, y yo la esperaba impaciente.

Don Argimiro Tantas gracias, emocionada señorita.

Jovita. Vaya usted por esa puerta. *(Se la indica y sale a abrirle. Entran los dos.)* Y dígame, caballero. dígame, ¿es cierto lo que me ase-

guró Luis... de que usted puede tranquilizar a papá?

Don Argimiro Ya lo creo que puedo tranquilizarlo, señorita... Como que yo tengo el honor de ser el cadáver de que les habrá hablado a ustedes...

Jovita. (*Horrorizada.*) ¿Que usted es el muerto?

Don Argimiro Para servir a usted.

Jovita. ¿Pero no le mató papá?...

Don Argimiro Creyó que me había matado a la primera. Es la vanidad de todos los matadores. Perdone usted el humorismo, señorita, pero todo lo explicaré a su concienzudo padre, muy en breve satisfactoriamente.

Jovita. Bueno, gracias por la galantería; pero ¿entonces, usted cree que papá se tranquilizará al verle?

Don Argimiro Diré a usted... Al pronto, puede que mi presencia le produzca cierto pánico, porque no es una visita vulgar la visita de un ser al que ya hemos dedicado nuestros sufragios; pero si consigo retenerle, a las cuatro palabras florecerá de nuevo en sus respetables labios su cotidiana y típica sonrisa.

Jovita. Pues voy a avisarle. Tome asiento.

Don Argimiro Mi gratitud más galana. (*Vase Jovita primera izquierda.*)

ESCENA VI

DON ARGIMIRO, luego el señor BENITEZ.

Don Argimiro Bueno, a este señor Benítez le voy a dar un susto de un tamaño que lo lleva a una exposición regional y se lo premian. ¡Verdad es que le hice una muerte, que Borrás en «El Místico» es una señorita sincopada, comparada conmigo. ¡Qué mueca, qué espasmos!

	¡Oh, pero de todo esto, lo que me tiene verdaderamente admirado, es ese don Luis! ¡Qué imaginación tan diabólica! ¡Cómo va consiguiendo uno a uno todos sus objetivos! Hasta que logre casarse con esta jovencita. ¡Ahora, que la familia puede que acabe cardíaca! Porque cuando este pobre señor se entere de lo que pasó en su finca media hora después de mi fallecimiento, se le salen las visagras de estupefacción. (*Atiende.*) ¡Calle!... ¡Mi matador!... ¿Habrá hablado ya con su hija?... Por si acaso, me ocultaré discretamente tras esta mampara y procederé según las circunstancias. (*Se oculta.*)
Benitez	(*Más desfallecido y aterrado que nunca.*) No... no puedo descansar por más que lo intento... ¡No, no puedo!... ¡Lo veo en todas partes... aquí, allá, acullá!...
Don Argimiro	¡Dios mío, qué cara!... ¿Y dice acullá? ¡Este señor está para morirse!
Benitez	Por eso quiero irme, huir, huir lejos, donde no me persiga, donde no me amenace... ¡¡Aaah!! (*Se sienta desfallecido.*)
Don Argimiro	Bueno; en el estado en que está este señor, si salgo y me ve, da un grito que rompe los cristales de la población. Yo creo que lo mejor sería hablarle antes de que me viese... Tal vez una palabra discreta, dicha desde mi escondite, le preparará... pero, ¿qué le digo?... En fin; voy a ver... ¡Ah, ya tengo una frase tranquilizadora! (*Alto.*) ¿Hola, qué tal? ¿Qué le han parecido los festejos, don Antonino?
Benitez	(*Levantándose, con los pelos de punta y en el colmo del terror.*) ¡¡Eh!!... ¿Quién me habla?... ¿Quién?
Don Argimiro	¡Uno de la Unión patriótica!
Benitez	(*Cayéndose de espanto, con voz ronca.*) ¡Ah,

no, no es posible!... ¡Esos no hablan!... ¡Socorro!... ¡Socorro! ¿Eres tú?... ¿Eres tú?

Don Argimiro (*Saliendo.*) Sí, soy yo...

Benítez ¡¡¡Ah!!! ¡¡¡El!!! ¡Huye! ¡Vete!... ¡Perdóname!

Don Argimiro ¡Pero si no hay de qué, don Antonino!... ¡Por Dios!

Benítez ¡Vuélvete al Purgatorio!

Don Argimiro ¡Pero qué hago yo allí, si no conozco a nadie!

Benítez ¡Oh, aparta, aparta!

Don Argimiro Don Antonino, yo le ruego que se tranquilice... Soy una visión, no puedo negarlo, pero inofensiva y corriente, como tantas otras. Un pobre actor que...

Benítez ¿Pero qué dices?... Dame una prueba de que no sales del Purgatorio.

Don Argimiro (*Le enseña un duro.*) Ahí va.

Benítez ¿Qué es eso?

Don Argimiro Un duro sevillano. ¿Y usted cree que si llevo yo eso al Purgatorio y ven lo primo que soy, me dejan salir?...

Benítez ¿No?

Don Argimiro ¡Pues, claro, hombre!

Benítez Entonces no me explico... cómo a un mismo tiempo estás aquí vivo y allí muerto...

Don Argimiro Verá usted qué sencillo es todo lo ocurrido. (*Pausa.*) Don Antonino, cuando tuve el gusto de que usted me disparara...

Benítez (*Muy fino.*) El gusto fué mío.

Don Argimiro Creí sentirme mortalmente herido.

Benítez ¿Y no lo estaba usted?

Don Argimiro Fué un pequeño error. La bala me había respetado, cosa chocante.

Benítez ¿No se alojó en su cuerpo?

Don Argimiro No quiso alojarse. En eso conocí que no era ninguna tonta.

Benítez ¿Entonces, al huir yo?...

Don Argimiro Se me pasó el desvanecimiento y quisimos

avisar a usted... pero usted, don Antonino, cuando corre es un rayo con acelerador y no pudimos alcanzarle.

Benítez ¿Y qué pasó luego?

Don Argimiro Pues va usted a saberlo y a asombrarse. A poco de huir usted, entró en la habitación don Luis de Villafranca...

Benítez ¡En mi casa!

Don Argimiro Tuvo una breve conferencia con don Medardo, don Sisinio y mi hija Mari-Sol. A la media hora escasa, el guarda y la guardesa de su preciosa finca, previa entrega de cien pesetas, condimentaron una suculenta paella... de la que participamos todos los protagonistas del drama y algunas señoras de mi compañía.

Benítez ¡Es indigno! ¡Una juerga en mi casa!... ¡Sin avisarme!

Don Argimiro Juerga, no; un ágape fraternal y conciliador. ¡Oh, don Antonino! ¡Qué lomo el de la guardesa!... ¡Lo declaramos monumento nacional!

Benítez ¡Y yo muriendo de angustia!

Don Argimiro ¡Y qué tintillo el que tenía usted en sus bodegas!

Benítez ¿Tenía?...

Don Argimiro Digo tenía, porque empezamos a comer y beber a la una de la tarde, y a las cinco de esta madrugada, cuando don Medardo empezó a cantar: «Mozo traiga otra copa»..., ya no se le pudo servir...

Benítez ¡No me explico cómo Luis de Villafranca y Medardo pudieron fraternizar!

Don Argimiro ¡La vida, señor Benítez, es una eterna concatenación de absurdos! Por eso pudieron fraternizar y por eso no nos chocó nada cuando de **sobremesa** nos explicó mi hija las disposiciones de usted, ¡del señor Benítez, nada menos!...; ¡para reirse y juerguear-

se!... ¡Y lo del beso!... Aquello de, ¡paternal, no, paternal, no!... ¡¡Sinvergonzonazo!!

Benítez ¡Hombre, yo!... No vaya usted a creer que...

Don Argimiro ¡Por Dios, don Antonino, nada de disculpas, soy un comprensivo!...

Benítez ¡Pero lo que me interesa es que sea usted un callativo!

Don Argimiro ¡Una tumba es un loro, comparada con un servidor!

Benítez ¿Entonces, Medardo?...

Don Argimiro ¡Don Medardo, asómbrese usted! ¡Esto se lo explicará todo! ¡Tan prendado está de mi hija, que se viene con nosotros a Valladolid, de empresa de gastos!

Benítez ¡¡Cielos!! ¿Qué oigo?

Don Argimiro Y cuando su papá se enteró de la decisión del sabio y linajudo joven, tuvo un arranque lírico, y don Sisinio exclamó: «Pues si claudica Benítez, ¿por qué no claudico yo?»...

Benítez ¿Y claudicó?

Don Argimiro Se colgó del brazo de la característica... que es una mujer de un gancho, como pa colgar un buey, y a los cinco minutos ya nos había ofrecido una comedia religiosa en nueve actos, titulada: «Que no me quiten la fe sin traerme la esperanza, o qué sobrinas tiene el cura»... Escrita en sus ratos de ocio, que creo que han sido muchos...

Benítez ¡Toda su vida! ¿Entonces, ustedes son una Compañía de cómicos?...

Don Argimiro Exactamente, que hemos venido aquí a representar una comedia, de cuyo asunto...

ESCENA VII

Dichos. Fuera, MARI SOL y LUIS

Luis (*Asomándose.*) Yo daré a usted noticia detallada, si me permite pasar, don Antonino.

Benítez ¡Luis!... ¿Tú aquí?... ¿Tú en mi casa?

Mari Sol Y yo también, don Antonino; quiero despedirme de usted y darle el último beso.

Benítez ¿El último?

Don Argimiro ¿Les abro?

Benítez Sí, sí, que pasen, que pasen... *(Don Argimiro les abre.)* ¡Pero por Dios, que nadie les vea ni les oiga!...

Don Argimiro Pasen, pasen... pero, ¡prudencia! *(Irónicamente.)* La respetabilidad de una casa ilustre, el honor de una familia linajuda, el prestigio de un varón insigne...

Luis *(Interrumpiendo en su guasa a don Argimiro.)* Basta, don Argimiro. Todas esas cosas, refiriéndose a este señor, me interesan a mí más que a nadie... porque este señor es mi padre político...

Benítez ¿Qué dices?...

Luis O va a serlo, que es más exacto. De modo que suspenda usted sus bromas. La farsa ha terminado.

Benítez ¿La farsa dices, Luis?

Luis Sí, don Antonino.

Benítez ¿De modo que todo lo ocurrido?...

Luis Ha sido una farsa.

Benítez ¿Y estos señores?...

Luis ¿Y nosotros?... Los farsantes. Perdone la crudeza, pero hagámosno justicia. Porque esta comedia, urdida por mí, ha puesto de relieve cuán deleznables eran los sentimientos que acercaban a Medardo hacia su hija de usted, y cuán triste hubiera podido ser su vida sin mi amor audaz y vigilante.

Benítez ¡Hombre, yo no puedo sospechar que ese sinvergüenza!...

Luis Respecto a la seriedad de usted y de don Sisinio, en nombre de la cual quería usted privarme del amor de Jovita, que es toda mi

ilusión... ¿para qué hablar, después de la escena del sofá?... Aquí con...

Benítez (*Temeroso de que le oigan.*) ¡Por Dios, más bajo!... Comprende que un minuto de alucinación, Luisito...

Luis ¡No he de comprenderlo! Nada tan antipático como un hombre con el orgullo de su rigidez; pero nada tan simpático como un hombre con la noble humildad de sus flaquezas. Un abrazo, don Antonino... ¡Usted es un tío!

Benítez ¡Luisito!... (*Le abraza*) ¡No somos nada!

Mari Sol ¡Es usted un hombre!

Benítez ¿Lo crees tú?

Mari Sol ¡Como que cuando logré hacerle reir y me ofreció ese cariñito dulce... me dieron ganas de quererle de veras!...

Benítez (*Apasionado.*) ¿De veras? (*Va a sus brazos.*)

Don Argimiro ¡Que está su papá delante, hombre! No se almibare...

Mari Sol Y cuando me habló de aquella casita escondida...

Benítez ¡¡¡Oh!!! (*La vuelve a abrazar.*)

Don Argimiro (*Aparte.*) ¡Mira si me la ofrece a mí, como están ahora los alquileres!

Benítez (*Vencido.*) ¡Me habéis abollado, Luisito!

Mari Sol No le importe. ¡Alégrese, sonríase!

Benítez (*Melancólico.*) ¡Ja, ja! (*Se sonríe con cómica tristeza.*) ¡Pero por Dios, de todo ésto!...

Luis ¿Quiere usted callar?

Benítez No, los que quiero que calléis sois vosotros; porque si todo ésto se supiera, mi prestigio, mi rectitud, mi... ¡Aguardad! (*Atiende.*) Sí, Cenobia sale con Jovita... ¡Por Dios, que ella no sepa, que ella ignore!... Ocultaos aquí, esperad... (*Se ocultan.*) ¡Que nadie adivine, que nadie conozca, que nadie descubra, que yo, que Benítez! ¡Silencio!

ESCENA VIII

BENITEZ, DOÑA ZENOBIA y JOVITA.

(Salen con una maleta, un saco de mano, y una manta de viaje y cuántos objetos van enumerando. Hablan y accionan con la rapidez que indica la escena.)

Doña Cenobia *(Muy rápida.)* ¡Antonino! Ya lo tienes todo dispuesto para la fuga, saco, maleta, manta...

Jovita Neceser, abrigo, cesta de merienda...

Doña Cenobia El «auto» también está dispuesto.

Jovita ¡Ahí va la gorra de viaje!

Doña Cenobia ¡Y la cartera con veinte mil pesetas!

Jovita ¡Corre, papaíto, huye, sálvate!

Doña Cenobia ¡Parte, vuela, de prisa!...

Benitez *(Coge las cosas, se le caen, se va, viene.)* *(Aparte.)* ¿Y cómo les digo yo?...

Jovita ¿Si viene la policía, digo lo de Masachusets?

Doña Cenobia ¡Ah, oye, para huir al extranjero creo que tienes que ir primero a Valladolid y luego todo seguido para arriba.

Benitez ¿Para arriba?

Doña Cenobia ¡Para arriba!

Benitez *(Aparte.)* ¿Y cómo les digo yo?...

Jovita Corre, papá, que no quiero verte en la cárcel!.

Doña Cenobia ¡Ah, si yo te viese con un grillo!... Huye, Antonino... ¡Un beso y parte!... ¡Parte veloz!

Jovita ¡Otro, y vuela, papá! *(Lo besan.)*

Doña Cenobia Pero antes ponte el cubrepolvo. *(Se lo pone.)*

Jovita Y súbete el cuello. *(Se lo sube.)*

Doña Cenobia Estas gafas negras te desfigurarán. *(Se las coloca.)*

Jovita Adiós. *(Más besos.)*

Doña Cenobia ¡Adiós!

Benítez ¡Adiós!... *(Se va y vuelve.)* Oye, ¿me habéis metido los calzoncillos de punto?

Doña Cenobia Y las camisetas de pelo... nada te falta. ¡Adiós!

Jovita Adiós...

Benítez Adiós... *(Vuelve.)* ¡Ah!, ¿me habéis puesto en la merienda las medias noches, tan buenas?...

Doña Cenobia Todo, todo...

Benítez Pues, muy buenas... ¡Ah!... oye, con todo ésto, ¿no me harán pagar exceso de equipaje?

Doña Cenobia Pero, por Dios, Antonino, ¿por qué te detienes?

Jovita ¿Por qué no huyes, papá?

Benítez Pues nada..., porque, vamos..., porque... porque yo no sé cómo deciros...

Las dos *(Impacientes.)* ¿Qué?...

Benítez Pues que... que ya no me corre tanta prisa huir.

Doña Cenobia Pero, ¿por qué?

Jovita *(Con ansiedad.)* ¡Parece que tienes otra cara, papá!

Doña Cenobia ¡Te noto más tranquilo! ¿Qué ha pasado aquí durante nuestra ausencia?

Benítez Pues nada, Cenobia, vas a saber la verdad, ¡qué demonio!..., ¡toda la verdad!...; ¡pero, por Dios, no te asustes!... Cenobia. ¿Tú crees en la resurrección de la carne?

Doña Cenobia ¡Qué pregunta! Yo sí. ¿Pero, por qué me lo dices?

Benítez *(Llamando.)* Espera. Don Argimiro...

ESCENA ULTIMA

Dichos, DON ARGIMIRO. Luego, LUIS. Después, MARI-SOL

Don Argimiro *(Saliendo.)* ¡Noble dama!

Benítez *(Presentándolo.)* Cenobia, tengo el honor de

presentarte... al cadáver de que te hablé antes.

Doña Cenobia *(Aterrada.)* ¿Es un muerto?...

Benítez Es un vivo como una casa. No te inquietes. Creí que le había matado y no le había matado...; un pequeño error lo tiene cualquiera.

Don Argimiro ¡Adorable señora!...

Doña Cenobia ¡Pero si yo ya le había encargado hasta las misas!

Don Argimiro No hay nada perdido, elegante dama; me da usted el importe en metálico, y saca usted un alma de penas. ¡El Purgatorio es el Campo del Recreo comparado con mi vida, alcurniada señora!

Doña Cenobia ¿Pero cómo no murió usted?

Don Argimiro Pues que me cogió en un rato de esos que no tiene uno gana de nada y...

Benítez ¡Bueno, y ahora voy a daros otra sorpresa mucho más grande!

Doña Cenobia ¿Otra?...

Benítez Y ya que a este señor no le he matado yo, al que voy a sacar ahora, no le mates tú, Cenobia, te lo suplico.

Doña Cenobia ¿Quién es?

Benítez Vas a saberlo. *(Sacándolo.)* Vuá lá. Sal, Luisito.

Luis ¡Doña Cenobia... *(Saluda.)*

Doña Cenobia ¡Pero, cómo!... ¿Luis aquí, en nuestra casa?

Benítez ¡Ya te he dicho que ésto no es una Notaría, es una caja de sorpresas!

Doña Cenobia ¿Pero tú aquí?

Luis Y con una pretensión muy razonable, la de casarme con Jovita... Hoy es un día de cosas razonables.

Jovita ¡Sí, mamá!

Doña Cenobia ¡Nunca!

Benítez Piénsalo, Zenobia; no creo que perdamos nada cambiándolo por Medardo.

Don Argimiro Que es un pollo, que no diré yo que sea sevillano, pero que tiene hoja.

Doña Cenobia Pero si consentimos, ¿qué dirá la aristocracia, qué dirá todo el mundo, en un pueblo, donde nadie ha tenido que decir jamás nada de nosotros?

Luis ¡Está usted en un error, señora!... Hablarán, mejor dicho, seguirán hablando de ustedes, con el mismo menosprecio que todos los días!

Benítez ¡Menosprecio! *(Asombrado.)* ¿Pero pueden decir algo de mí y de mi familia en este pueblo, que menosprecie una dignidad que?...

Luis ¿Que si pueden?... Ea, es un poco amargo, porque todas las verdades lo son; pero quiero enfrontarles a ustedes con la realidad. En el Casino, señor Benítez, no se le conoce a usted más que por el burro triste.

Benítez *(Desolado.)* ¿Qué dices?... ¡Yo bu...! ¡Oh, se me queman los labios!

Luis Todas las anécdotas de estupidez y bestialidad ocurridas en el pueblo, se le atribuyen a usted.

Benítez ¡A mí!...

Luis Cuentan, por ejemplo, que de niño era usted tan ignorante, que en un examen de Religión le preguntaron en el Instituto que si sabía usted cuántos eran los cuatro Evangelistas, y que usted dijo que los cuatro Evangelistas eran tres, ¡San Pedro y San Pablo!

Benítez ¿Estás oyendo?... ¡Qué miserables!... Cuando sabe todo el mundo, que son cinco, ¡Fe, Esperanza y Caridad!... ¡Ah, idiotas!

Doña Cenobia Y de nosotras, ¿dicen algo?

Luis ¡Cómo no!... A usted y a Jovita, las llaman de mote las Carabelas.

Doña Cenobia ¡A nosotras las Carabelas, ¿por qué?

Luis ¡Porque como a su mamá de usted, que sirvió al farmacéutico señor Aguado, antes de

casarse con él, la llamaban Paca la Pinta... a usted se lo siguen llamando, y cuando la ven en paseo con Jovita...

Benítez Sí, ya me lo figuro, las llaman la Pinta y la Niña!

Doña Cenobia ¡Oh, canallas!

Jovita ¡No hagas caso, mamá!

Benítez ¿Entonces, con mi seriedad, he estado haciendo el mastodonte?

Don Argimiro A cuatro manos, por lo visto.

Benítez ¿Pues, qué hay que hacer en la vida, Luisito?

Luis Reirse con regocijo fuerte y sano, sin sacrificar a ninguna clase de prejuicios, alegrías, afectos ni amores.

Doña Cenobia *(Llorando todavía.)* ¡Yo, carabela!

Jovita ¡No te aflijas, mamá!

Benítez Tiene razón la niña. No te aflijas, Zenobia. ¡Nuestra seriedad ha muerto!... Ven, alégrate, riámonos, y aunque tarde, gocemos de la vida despreciando el qué dirán.

Doña Cenobia *(Admirada.)* ¿Pero tú sabes reirte, Antonino?

Benítez No sabía, pero tomé una profesora.

Doña Cenobia ¡Una profesora!

Benítez *(Sacando a Mari-Sol de la mano.)* Sí, mírala.

Mari Sol Señora. *(Saluda.)*

Benítez El Berlitz Scholl de la carcajada.

Doña Cenobia ¿La víctima de Medardo?

Benítez Ex víctima.

Don Argimiro Y digna vástaga de un servidor de usted.

Doña Cenobia ¿Usted le enseñó a reirse?

Mari Sol ¡Y hoy es el as de la risa, señora!

Benítez Tratándose de carcajadas, desde la estentórea a la histérica, pasando por la sardónica, las domino todas.

Doña Cenobia ¿Pero es posible?

Benítez Ahí va el muestrario: Homérica... *(Hace una risa altiva.)* Espontánea..., irónica... *(Ríe ruidosa y alegre.)* ¿Cuál te gusta más?

Doña Cenobia Esa que está entre el jajá y el jejé...

Benítez Pues tengo una sin estrenar, último modelo, que es elegantísima, de gran dama. *(Hace una risa ridícula de señora bien.)* ¡Y voy a inculcártela!

Doña Cenobia ¡Ay, sí, que quiero aprenderla, y ya que eres el as... hazme de reir! ¿Cómo se ríe, Antonino?

Benítez Pues, mira; se ensanchan los carrillos, se dilatan las comisuras, se fruncen las cejas, y se procura que el ¡ja, ja!, estremezca hasta la barbilla... A ver si sabes.

Doña Cenobia Una cosa así... *(Ríe torpemente.)* ¡Ja, ja, ja!...

Benítez No va mal... Anda, que yo te estimularé... con frases jocosas... ¡Anda, morucha!... *(Le hace cosquillas, y va riendo más cada vez.)* ¡Alégrate tú, palacio de atracciones!...

Doña Cenobia *(Riendo más.)* ¡Ay, palacio de atracciones!...

Benítez ¡Destorníllate ya, paraíso de la hilaridad!...

Doña Cenobia ¡Ay, qué tío más salao!... *(Acaban abrazados muertos de risa los dos.)*

Don Argimiro ¡Admirable!

Mari Sol ¡Es usted un profesorazo!

Jovita ¡Que se van a poner malos!

Luis ¡Es que se les sale toda la risa que tenían almacenada de tantos años de seriedad!

(Siguen riendo.)—Telón.

FIN DE LA OBRA

Obras de Carlos Arniches

Casa editorial.
La verdad desnuda.
Las manías.
Ortografía.
El fuego de San Telmo
Panorama nacional.
Sociedad secreta.
Las guardillas.
Candidato independiente.
La leyenda del monje.
Calderón
Nuestra Señora.
Victoria.
Los aparecidos.
Los secuestradores.
Las campanadas.
Vía libre.
Los descamisados.
El brazo derecho.
El reclamo.
Los Mostenses.
Los Puritanos.
El pie izquierdo.
Las amapolas.
Tabardillo.
El cabo primero.
El otro mundo.
El príncipe heredero.
El coche correo.
Las malas lenguas
La banda de trompetas.
Los bandidos.
Los conejos.
Los camarones.
La guardia amarilla.
El santo de la Isidra.
La fiesta de San Antón.
Instantáneas.
El último chulo.
La Cara de Dios.
El escalo.
María de los Angeles.
Sandías y melones.
El tío de Alcalá.
Doloretes.
Los niños llorones.
La muerte de Agripina.
La divisa.
Gazpacho andaluz.
San Juan de Luz.
El puñao de rosas
Los granujas.
La canción del náufrago.
El terrible Pérez.
Colorín colorao...
Los chicos de la escuela.
Los pícaros celos.
El pobre Valbuena.
Las estrellas.
Los guapos.
El perro chico.
La reja de la Dolores.
El iluso Cañizares.
El maldito dinero.
El pollo Tejada.
La pena negra.
El distinguido Sportman.
La noche de Reyes.
La edad de hierro.
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios.
La carne flaca.
El hurón
Felipe segundo
La alegría del batallón.
El método Górritz.
Mi papá.
La primera conquista.
El amo de la calle.
Genio y figura.
El trust de los Tenorios
Gente menuda
El género alegre.

El príncipe Casto.
El fresco de Goya.
El cuarteto Pons.
La pobre niña.
El premio Nobel.
La gentuza.
La corte de Risalia.
El amigo Melquiades.
La sombra del molino.
La sobrina del cura.
Las aventuras de Max y Mino.
El chico de las Peñuelas.
La casa de Quirós.
La estrella de Olympia.
Café sólo.
Serafín el pinturero.
La señorita de Trévelez.
La venganza de la Petra.
¡Que viene mi marido!
El agua del Manzanares.
Las grandes fortunas.
Las lágrimas de la Trini.
La mujer artificial.
El conde de Lavapiés.
La maña de la mañica.
La flor del barrio.
Los caciques.
No te ofendas, Beatriz.
La chica del gato.
La heroica villa.
Mariquita la Pispajo, o No hay bien como la alegría.
Es mi hombre.
La hora mala.
La tragedia de Marichu.
La locura de don Juan.
La dichosa honradez.
Los milagros del jornal.
El camino de todos.
Angela María.
La risa de Juana.
Don Quintín el Amargao, o El que siembra vientos...
Rositas de olor.
El tío Quico.
¡Qué hombre tan simpático!
El tropiezo de la Nati.
¡Adiós, Benítez!



Precio: 4 pesetas